



La masacre del Liceo Sanz

Relatos de la familia Millán Marcano
y otros testimonios

FEI
Fondo Editorial Ipasme



Comandante Hugo Rafael Chávez Frías

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Lic. Elías Jaua Milano

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Maryann Hanson

Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme

Lic. Silfredo Zambrano

Presidente

Lic. Noris Coromoto Figueroa Bastidas

Vicepresidenta

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams

Secretario

Fondo Editorial Ipasme

Diógenes Carrillo

Presidente



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME

La masacre del Liceo Sáenz

Relatos de la familia Millán Marcano
y otros testimonios

FEI

Fondo Editorial Ipasme

La Masacre del Liceo Sáenz

Depósito Legal: **lf65120128001564**

ISBN: **978-980-401-133-7**

Portada: Obra pictórica de **Efraín Villarroel Moya** (*Cháim*)

Producción: **Luis Durán**

Edición: **Gladys Arroyo**

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina

(Av. Victoria) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 633 53 30

Fax: +58 (212) 632 97 65

PRESENTACIÓN

Hace 50 años la memoria colectiva del pueblo de Maturín registró un horrendo crimen: la Masacre del Liceo Miguel José Sanz, ejecutada por las llamadas Bandas Armadas de Acción Democrática, partido de Gobierno, en complicidad con la dirigencia copeyana. La orden salió de la dirigencia nacional del partido, en voz de Armando Sánchez Bueno, para entonces Gobernador del Estado Monagas, y Luis Alfaro Ucero, a quienes el pueblo de Maturín debe recordarlos siempre como los principales autores intelectuales de aquellos asesinatos.

Fue un 4 de Mayo de 1962, cuando ocurrió el asalto al liceo Sanz, todavía estaban frescas las gloriosas jornadas libradas por los estudiantes contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, aquel 21 de Noviembre de 1957, huelga decisiva para el derrocamiento del régimen militar. Ese 4 de Mayo también se había levantado la joven oficialidad militar en una ciudad del estado Sucre, en lo que se conoce en la historia venezolana como “El Carupanazo”. El asalto de las Bandas Armadas dejó como saldo 2 estudiantes asesinados, varios profesores y alumnos heridos, y un grupo de detenidos.

Dos jóvenes militantes comunistas regaron con su sangre la semilla de la Revolución. Alberto César Millán Marcano y José Rafael Guerra, con el tiempo convertidos por el pueblo de Maturín en bandera, en símbolo de resistencia contra la violación de los derechos humanos durante los gobiernos de la IV República. Y así durante cinco décadas sus camaradas, las y los hermanos, las madres, los padres, las y los

profesores, cada 4 de Mayo, recorren las principales avenidas de la aguerrida ciudad oriental para exigir justicia. Y después de medio siglo, la Revolución Bolivariana tiene prohibido fallarle al pueblo monaguense, y en particular a las madres que se fueron con un nudo en su garganta esperando castigo para los asesinos de sus hijos.

Era impensable que aquellos estudiantes que tanto dieron por la conquista de la libertad, que entregaron sus vidas, que arriesgaron todo por un gobierno garante de libertades públicas y ciudadanas, se convirtieran en una especie de tubo de ensayo para la instauración de una política represiva que tuvo como lineamientos: la tortura, el crimen político y la desaparición forzada de personas.

La Masacre del Liceo Sanz es el mejor ejemplo de que el 23 de Enero de 1958 cayó la dictadura pero siguió la tiranía. Con Rómulo Betancourt se inaugura una época de terror, y de violación masiva de los derechos humanos en la Venezuela de la segunda mitad del siglo XX.

Y este libro que hoy ponemos en manos del pueblo bolivariano de Monagas, que llevaremos a las manos del pueblo docente, que divulgaremos entre nuestra juventud universitaria y liceista, debe ser una bandera, un símbolo, una insignia para decirle a quienes masacraron a Alberto César y a José Rafael que ellos, los asesinos de estudiantes, que los asesinos y torturadores de los combatientes de las décadas de los años 60, 70, 80 y 90, MÁS NUNCA VOLVERÁN.

El Fondo Editorial siente especial complacencia en divulgar, en la primera parte de la obra, los escritos de uno de los hermanos Millán Marcano. Esas páginas recogen las palabras que durante 50 años han brotado de la familia nunca vencida; ellas son puro sentimiento de los Millán; ellas son humildad y sencillez, pasión, perseverancia, desprendimiento; no es una elaboración de expertos en derechos humanos, pero estas líneas están llenas de amor y de esperanza en que la masacre

del Sanz no quede impune, y que después de 50 años al fin el pueblo de Monagas pueda gritar HONOR Y GLORIA A NUESTROS HIJOS.

Es propicia la ocasión para agradecer la colaboración del periodista Carlos Ortiz y a la Directiva del periódico Correo del Orinoco el habernos facilitado la serie de reportajes publicados en ese diario con motivo del 50 Aniversario de la Masacre del Liceo Miguel José Sanz, los cuales están contenidos en la segunda parte de este libro homenaje a GUERRA Y MILLÁN como los llaman sus paisanos y como también bautizaron una simbólica plaza en pleno corazón de Maturín.

Gladys Arroyo

CRIMEN SIN CASTIGO

El 4 de mayo de 1962, hace ya 50 años, la población de Maturín, estado Monagas, fue conmovida por un hecho que intentaron silenciar, la Masacre de Monagas. El hecho ocurrió en el Liceo Miguel José Sanz, centro de estudio de trayectoria combativa, proyectada a nivel nacional por la lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, el liceo fue asaltado por bandas armadas de Acción Democrática y Copei.

Fue una actuación premeditada, se pretendía cobrar la actitud crítica del estudiantado no solamente contra la dictadura militar, sino también, contra los gobiernos denominados “democráticos y representativos” que defraudaron al pueblo venezolano luego de la importante gesta que nos liberó de la dictadura perezjimenista, y se entregaban en los brazos del imperialismo norteamericano.

Se utilizó como excusa para el asalto, el levantamiento militar de Carúpano, estado Sucre, ocurrido en la madrugada del 4 de mayo. La asonada militar era reflejo del descontento de todos los sectores nacionales contra el Gobierno de Rómulo Betancourt. Semanas antes del asalto, bandas de Acción Democrática habían sido acantonadas en la Casa de ese partido, a pocos metros del Liceo Sanz. Los matones habían sido preparados y tenían el consentimiento del gobernador del estado, a la sazón, Armando Sánchez Bueno, y del prefecto del Municipio Maturín Gil Giménez Coello.

Se consumó el asalto y las bandas de AD y Copei, bajo la dirección de los Alfaro Ucero, cometieron uno de los crímenes más horrendos de la denominada IV República. Fueron masacrados Alberto César Millán Marcano y José Rafael Guerra Silva, heridos gran cantidad de estudiantes y profesores, otros detenidos y posteriormente muchos expulsados.

Acabaron así con la esperanza de jóvenes que en sus conversaciones cotidianas con sus compañeros de estudio, señalaban sus aspiraciones de graduarse de bachilleres y trasladarse a la capital de la República, Caracas, para continuar sus estudios en la Universidad Central de Venezuela.

Los poderes se confabularon, el poder omnímodo de Acción Democrática y su socio Copei en el estado Monagas, utilizaron los medios para descalificar al liceo y sus estudiantes. Dijeron que hubo un enfrentamiento entre profesores y educandos, que los estudiantes estaban armados, todo ello para justificar tan horrible acción.

La segunda etapa, luego de la descalificación, fue utilizar los tribunales de justicia, en manos de la famosa Tribu de David Morales Bello, para tergiversar los acontecimientos. Utilizaron a un médico, con poca ética profesional, Pedro Aristimuño Hurtado, para manipular las evidencias del crimen. Lo que fue a la luz de los acontecimientos una masacre, un asesinato, fue convertido en una lucha interna entre facciones estudiantiles.

Pero no pudieron ocultar los hechos a pesar de la descalificación y la manipulación judicial. Ante la población de Maturín el asalto fue una masacre, y en ella participaron agentes de la policía del estado Monagas, activistas de los partidos Acción Democrática y Copei, las bandas armadas estaban en completo estado de embriaguez; mientras la manipulación en los tribunales fue arreglada por David Morales Bello, y estaba dirigida a absolver a los asesinos materiales e intelectuales de la masacre.

Con esta acción no solo pretendía acallar la protesta estudiantil del Liceo Sanz, sino también atemorizar a los movimientos sociales de la región que veían con agrado y se incorporaban a las luchas liderizadas por el estudiantado de ese liceo, que ya era referencia a nivel nacional por su combatividad.

Hicieron lo posible por silenciar la masacre, quisieron borrar de la memoria de los monaguenses esta acción, para ello pretendieron incluso derribar el Liceo y convertirlo en un mercado, pero la presión popular y la denuncia constante de la familia Millán Marcano dieron al traste con ese macabro propósito.

Hoy cuando se han producido cambios políticos importantes en nuestro país que apuntan hacia un desarrollo socialista, la figuras de estos héroes monaguenses y de la juventud estudiosa y luchadora de Venezuela, se engrandece. El recuerdo de estos mártires Alberto César Millán y Rafael Guerra Silva nos llena de orgullo porque representan el espíritu de lucha de la juventud venezolana. También nos trae a la memoria, acontecimientos que no deberían volver a ocurrir en Venezuela: la represión contra los estudiantes, la represión generalizada contra los sectores sociales críticos, la violación sistemática de los derechos humanos.

Sin embargo, debemos continuar profundizando la lucha por la justicia, ya que todavía los responsables intelectuales y materiales de esta masacre, no han sido castigados. Así como continúan impunes muchos crímenes, desapariciones forzadas, torturas cometidas contra miles de jóvenes, campesinos, obreros, profesores, intelectuales, periodistas, que vivieron en carne viva, los embates de gobiernos que traicionaron las esperanzas del pueblo venezolano.

Si algo hay que alertar, en este 50 aniversario de la Masacre del Liceo Sanz, sobre todo a los jóvenes que conocen de estos hechos a través

de la historia, es que las fuerzas que llevaron a Venezuela por esos caminos de la represión indiscriminada y de crisis económicas muy profundas, pretenden hoy presentarse con nuevo ropaje y restituir situaciones, que los venezolanos debemos enterrar en el baúl de la historia y enrumbarnos por un camino de esperanza, en defensa de nuestra soberanía, nuestros recursos económicos y lograr la mayor satisfacción para nuestro pueblo.

Jesús Sotillo Bolívar

RELATOS DE LOS
MILLÁN MARCANO

FATÍDICO 4 DE MAYO DE 1962

Nuestra hermana Yolanda, la mayor, regresó de Trinidad hablando el idioma inglés; venía convertida en toda una Secretaria Ejecutiva bilingüe. Ella se empleó en la compañía petrolera. ¡Alegrías, felicidades, celebraciones y orgullosos de tener una hermana que ayudaría a mejorar nuestra situación económica! A partir de este empleo, se podrían cubrir las necesidades primarias, estas no eran muy holgadas, pero al menos nuestra madre hacía milagros hogareños para que el presupuesto rindiera, sin grandes lujos ni malgastar el dinero en cosas superfluas. Al tiempo de estar juntos, Yolanda ya no haría más viajes al extranjero, ni se avizoraban más peligros para ella

Mis hermanos mayores cursaban estudios en el Liceo “Miguel José Sanz”, en la ciudad de Maturín, junto a la hermana menor y otro hermano; otro estudiaba en el Liceo “Francisco Isnardi”; una hermana estudiaba en la Escuela Normal “Soledad Clavier”, y los tres menores cursaban primaria en el Grupo Escolar “Vicente Salias”.

Con el correr del tiempo aumentó el número de hermanos, no por ser hijos de mis padres sino porque las familias amigas del pueblo enviaron a los hijos a vivir con nosotros en la ciudad donde cursarían estudios, junto a nuestros hermanos: una prima, Norma; dos amigas: Yamilis y Yanet; al tiempo se agregaron dos nuevas amigas, Katia y Norma, las “turcas”; luego Dilce y Doris; Norberto, sin olvidar a ami-

gas muy posteriores: Yraima y Neyda; todos a su tiempo compartieron momentos inolvidables, entrañables, con un enorme sentimiento fraternal; aumentando la fuerza de unidad entre los hermanos.

El país experimentaba una transformación económica, política y social, hay un júbilo creciente por la caída del régimen dictatorial pérezjimenista. Nuevas experiencias se viven a lo largo y ancho del suelo patrio. La conciencia de la juventud rebelde era elocuente y acentuada, fogosa y combativa. El empuje del enfrentamiento desde los liceos y universidades contra la dictadura en todo momento se hizo visible, con manifestaciones y escaramuzas. Una gran cantidad de compatriotas se hallaban en el exilio, por lo general dirigentes políticos, quienes mantenían fuerzas y contactos en el exterior.

Aquí en el país continuaban las persecuciones, cárceles para los opositores al régimen, se habla de torturas e incluso la muerte en manos de los agentes de la Seguridad Nacional (SN), entiéndase “soplones de la SN”.

El 21 de Noviembre de 1957 los estudiantes planificaron una huelga nacional contra la dictadura, se lanzaron en manifestaciones callejeras, siendo repelidos en algunas zonas con chorros de agua con colorante; en otros lugares como en Caracas, las casas de estudio como la Universidad Central fueron verdaderos campos de batalla: plomo y plan de machete, contra libros y piedras. Desde entonces, se conmemora en el país el 21 de Noviembre como DIA DEL ESTUDIANTE HEROICO, desde aquel día los jóvenes asumieron una consigna rectora: “ESTUDIAR Y LUCHAR”, eje fundamental del naciente Movimiento Estudiantil Revolucionario.

Como reguero de pólvora la sociedad se hizo eco a través de los sindicatos, de los partidos políticos existentes y de sus dirigentes dentro y fuera del país, motivado al exilio, sintiéndose aún con mayor fuerza las antipatías contra el régimen, una explosión social que tocaba desde

hacia algún tiempo; algunos descontentos militares llegando incluso al pentágono, siendo los EE.UU. los que apoyaban en el continente a las dictaduras militares como sustento del sistema capitalista; pero en éste caso específico, por intereses, si hicieron los no enterados, dejando correr los acontecimientos, produciéndose un alzamiento militar, que pusieron al dictador junto a su camarilla, en un avión fuera del país. Dando paso a una Junta Patriótica, la cual llamaría a elecciones para un nuevo sistema de gobierno: LA DEMOCRACIA.

Nació la Democracia sistema que, en períodos anteriores a la dictadura, había tenido algunas expresiones, pero muy endeblés, ya que algunos gobiernos eran elegidos y luego depuestos por golpes de Estado, sin concluir sus respectivos mandatos.

En esta época un gobierno democrático recibiría gran apoyo popular, por la esperanza de un pueblo en un gobierno que trajera libertad de expresión, trabajo, estudio y libre tránsito. Que fuera un gobierno DEL PUEBLO, PARA EL PUEBLO Y POR EL PUEBLO, que respetara los derechos civiles y ciudadanos consagrados en la Constitución Nacional.

Esta esperanza del pueblo duró muy poco, los representantes de aquel incipiente sistema político fueron elegidos con los votos de la mayoría electoral del país; pero aquel gobierno proclamado como democrático, representativo y popular, funcionó todo lo contrario, fue antidemocrático e impopular, avasallando a las masas, y produjo la mayor cacería humana: fueron allanados liceos, universidades, sindicatos, e incluso el propio Congreso Nacional, sede del Poder Legislativo, y se encarcelaron varios diputados, violando la inmunidad parlamentari.

La sangre corrió a lo largo y ancho del país, fundamental en los cuarteles y centros de estudios, fueron inhabilitados los democráticos partidos de oposición; permanentemente se suspendieron las garantías, generando un clima de violencia por la represión del gobierno contra

las manifestaciones populares; se produjeron alzamientos militares y se formaron brigadas estudiantiles para contrarrestar la represión, y posteriormente aparecieron en las montañas células armadas, identificándose como cimarrones, luego nació un sólido movimiento armado: Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN).

Todo esto conformó un espíritu rebelde en cada uno de los estudiantes. El país testimonió grandes manifestaciones, comenzaban en la ciudad capital seguidas simultáneamente en distintas ciudades y pueblos. Las provincias se destacan por las invencibles fuerzas estudiantiles: mozalbetes que nada les detenía, patriotas en pie de guerra, con plena conciencia de los hechos, guiados por un sentimiento en defensa de la patria emulando a nuestros libertadores, exponiendo sus propias vidas por el bienestar nacional, sin detenerse a mirar hacia atrás.

La dictadura duró 10 años en el poder, se cercenaron todas las libertades y los derechos del pueblo, especialmente en lo político, y de expresión y pensamiento; se torturaba a los enemigos del régimen; mientras el gobierno recién electo gobierno en apenas tres meses ha desconocido los derechos constitucionales, ensangrentando al país. Los muertos de la dictadura fueron numerosos, pero las cifras de la naciente democracia son incontables, se multiplicaron por miles, sobre todo la población civil.

Inocentes ciudadanos son asesinados en las calles; liceos y universidades asaltados por bandas armadas del gobierno en conjunto a las fuerzas policiales; los sindicatos obreros eran acusados de comunistas con la excusa de asesinar y atropellar bajo el lema impuesto por el presidente Rómulo Betancourt y su Ministro de Relaciones Interiores: “DISPARAR PRIMERO Y AVERIGUAR DESPUÉS”. La política represiva era respaldada por los tres partidos políticos más importantes de la fecha (AD, COPEI y URD), los cuales firmaron un pacto de alternabilidad en el poder, conocido como Pacto de Punto Fijo,

y bajo el pretexto de mantener a sangre y fuego la seudodemocracia, que a la postre resultaría un fatídico y endemoniado plan de masacrar a los ciudadanos, cometiendo toda clase de atropellos y abusos, violentando las más elementales normas de vida.

Un régimen de terror se instauraba en el país, las manifestaciones públicas estaban prohibidas; no se permitían grupos de más de cuatro personas en las calles; las familias y vecinos tertuliaban dentro de las casas, donde se mantenía el propio centro de aprendizaje y se realizaban las discusiones de temas trascendentales como: Dios, el comunismo, las noticias diarias, se hablaba de las manifestaciones estudiantiles, de las balaceras, de los muertos, de los alzamientos militares.

Nuestro hermano mayor, Alberto César Millán, decía: el país, pobre país, lo están desangrando... no puede ser... ¡no podemos permitirlo! Hay que hacer algo, ¿qué podemos hacer? ... lo sentimos mucho, hay que unirnos, defenderlo con nuestras propias vidas, si es posible, lo importante es la patria... Muchachos -decía- hay que tener compañerismo, ser solidarios con el dolor ajeno, no podemos ser egoístas al pensar solo en nosotros. El gobierno atropella al pueblo, nuestro petróleo lo sacan del subsuelo, lo cargan en un buque tanque y lo envían a los EE.UU. y nuestro país al borde de la ruina. La reforma agraria, de la que tanta propaganda se le hace en las zonas campesinas, es una farsa. A los campesinos se les entregaba un título de tierra, que es una cartulina en blanco.

El gobierno de Betancourt tortura y mata estudiantes, no sabemos si mañana o pasado nos toca a nosotros, hay que luchar; fíjense ayer en la capital mataron a una muchacha, unos sapos (funcionarios de la policía) por pintar unas cosas en una pared; otro día llevaron preso a un obrero, también en la capital, después de torturarlo lo lanzaron desde la azotea del edificio donde funciona esa policía, luego dijeron que él mismo se había lanzado, y el colmo a un niño de 15 años, lo

mataron, luego en la noche del velorio frente a la familia, los mismos policías del gobierno se lo llevaron y lo desaparecieron botando el cadáver quién sabe en qué montaña...

Hermano ¿cómo sabes tú de eso?... ¿Eres comunista? ¿Es que estás tú en eso?
—No, yo no estoy en eso, pero tampoco puedo cerrar los ojos para no ver. Es nuestro pobre pueblo, está sufriendo y los que tenemos alma, corazón y dos dedos de frente, no podemos dejar de sentir el dolor ajeno.

¡Hijo, no hable así – terciaba nuestra madre – pobres muchachos!

Pero eso es cosa de política.

No mamá -replicaba nuestro hermano- eso no es cosa de política. Política es una ciencia social por excelencia, que se encarga de estudiar los fenómenos sociales y dirigir las leyes para el bien común, donde convivamos todos por igual, sin distingo de credos, razas, color o posición social; es decir, lo que es bueno para el rico, también debe ser para el pobre; esto es, querida mamá, según la religión que tú nos enseñaste. Dios nos ve a todos por igual.

Y, política, según el idioma castellano y de acuerdo con el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, es el arte de gobernar un país o nación y, por otro lado, Ud. Y papá nos enseñaron que teníamos que sacar veinte puntos en la escuela primaria por los conocimientos de la historia patria y ese gran hombre, nuestro Libertador, junto a miles de patriotas nos legaron los conocimientos y el uso de la espada para doblegar a los enemigos realistas, entonces ya es hora de tener en el corazón los sentimientos para defender lo nuestro.

— ¿Qué te parece mamá? A tu hijo lo matan, porque yo creo que moriré no en una cama de enfermedad o viejo, a lo mejor como están las cosas me matan.

— ¡Muchacho, no digas eso! -era el alarido de nuestra madre, al solo pensar que pudiese pasar. Premonición ¿de la muerte? Algo ¿le decía

que era así? ¿Esperaba morir pronto? ¿Quién decide la vida o la muerte?

— Mamá tranquila -proseguía- una y mil veces, en cada reunión familiar, siempre repitiendo las mismas palabras, eso no es hoy ni mañana, puede ser algún día, las manos abiertas, brazos estirados, encogiéndose de hombros, queriendo meter el cuello y la cabeza dentro del pecho, como rasgando las palabras del conocimiento del más allá, el gesto de ¿qué importa?... Yo no moriré solo, dirán muerte trágica, será una gran conmoción, puede ser que me maten junto a algún amigo o varios, pero no será solo... cubrirán nuestros cuerpos con el Pabellón Nacional... llorarán, muchas personas llorarán, aunque yo no quiero que venga el hombre del traje de negro... que no venga la gente a rumiar pesares frente a mi ataúd, mientras Uds. me lloran, vestidas de negro... -Sonoras carcajadas- y se vean feas, llorando... haciendo alusión en parte al gran poeta, pero entrelazaba frases propias y haciendo picardías al lograr llamar la atención sobre su propio tema.

Alguien le interrumpía, y le pedía cambiar el tema lúgubre, pero se conseguía a medias o no se lograba, se proseguía explicando la muerte inventada.

— Yo seré un gran hombre -sueños de grandeza, que reflejaban los principios de moral y dignidad, arraigadas en nuestros corazones, donde todos quedaban reflejados en nuestra propia personalidad. Con las osadías de nuestro hermano ya convertido en un verdadero líder de grupos, elementalmente el grupo dentro de la sala de la casa y todos los hermanos reunidos, hermanos de sangre y hermanas de afecto, para el caso ya identificadas, solamente, somos todos hermanos.

— Con mi muerte se organizarán unos movimientos de protesta, seré un mártir, que la gente llevará por siempre en el corazón y nadie me olvidará; algún día... estas cosas no ocurrirán y el pueblo será feliz, ya verán, ya verán...

— Muchacho, no hables esas cosas. ¿por qué no piensas en los estudios, qué vas a hacer al graduarte? Tienes que ir a la Universidad, ya viene cerca el tiempo y tienes que pensar... decía nuestra madre con preocupación a cada instante con preocupación.

— Aja, ajá,... no te preocupes mamá, ya eso está pensado, seré Ingeniero Aeronáutico, bueno, si el tiempo me alcanza y, pienso viajar a Alemania porque allá están más avanzados, debo ir a Alemania.

Nuevamente, pero esto si era la mayor angustia de nuestra madre -mostraba la evidente preocupación- ¡tan lejos! Eso queda del otro lado del mundo, hijo, por amor a tu madre, tan lejos ¿cuántos años pasaremos sin ti? ¡Oh no, piensa otra carrera que pueda estudiarse aquí en el país, hazme el favor, hijo, te lo pido de corazón, no soportaría que te vayas tan lejos, sin familia, donde no conocemos a nadie, otro país, otro idioma, que angustia! Cuánta preocupación, ¡ahora, es tu decisión! Yo lo que quiero es lo mejor para Uds., a todos los quiero por igual, no tengo preferencias por ninguno, pero hijo mío, mi muchacho, por favor, te lo ruego, te lo pido por lo que más quieras, cambia por una carrera, que puedas estudiar aquí, donde todos sigamos juntos por toda la vida.

— Hey, Mamá, ya! -buscaba consolar cualquiera de los hermanos, mamá tranquila, espera. Eso no es todavía, aún falta! Nuestro hermano tiene que graduarse de bachiller, espera mamá, aún falta tiempo. A lo mejor lo aplazan en las materias o quién sabe que pueda pasar? ¡No, no señor, eso si que no, no me defiendan! terciaba con aires de ínfulas, nuestro hermano. -¡No me defiendas, matador, que va!

Aplazarme ¿a mí? muy difícil, “la sabiduría de un genio, no ocupa espacio tan limitado como una hoja de papel”. Que va matador, no me podré graduar por otra cosa, pero que me “raspen?”, no hay hoja de examen que no responda; pregunta lo que quieras y tendrás respuesta; plantea el problema de Física, Química, Aritmética y te daré

la respuesta necesaria para sacar diez puntos, que es la nota, lo demás es lujo. Lo importante no es sacar quince ni veinte puntos como cualquier patiquín, que saca esos puntos pero no conoce la materia, pasa por pasar; lo importante es saber y tu hermano querido y del alma sabe para pasar y para ser alguien en la vida; mis conocimientos son para mí y para enseñarles a Uds. que son mis hermanos y, quiero que sean grandes, porque el hombre inteligente es “grande”.

— Y tu, vieja linda, querida mamá, ¿Porqué tanta angustia? No esperes mamá, yo te complazco en todo lo que tu quieras, tú sabes que no te doy preocupaciones, lo que tu me pides, sabes que te complazco, pero en esto mamá... cómo quisiera complacerte, pero es la carrera que quiero, ya verás a tu hijo cuando venga de Alemania piloteando el avión que él mismo inventó, no te parece querida mamá, anda dilo, piensa di no es bueno, anda pues, anda -concluía el tema con cosquillas, tranquilidad y sosiego, esperando una nueva ocasión, repitiéndose las discusiones, las reuniones familiares, los conceptos emitidos, los sueños de grandeza y las ilusiones de la vida que todos manteníamos ligados en el amor, la paz y la felicidad del calor de una verdadera unidad fraternal.

Agravada la crisis del país, las asonadas militares no se hacían esperar y se sucedían una tras otras, en varias ciudades se reprimía y se violaban los derechos humanos.

A mediados del mes de abril de 1962, se realizaron las elecciones del Centro de Estudiantes del Liceo “Miguel José Sanz”. El desarrollo del proceso electoral era un hervidero político de las juventudes. Los estudiantes antisistema peleaban por sus derechos. Cada elección, donde resultaran vencedores los estudiantes contrarios a las líneas del gobierno, se generaba un clima demalestar entre los vencidos, por ser el Liceo “Sanz”, aula de hombres revolucionarios, que respondían en cualquier momento a las agresiones del régimen imperante.

Durante la campaña electoral los estudiantes afectos al gobierno de Betancourt demagógicamente ofrecían tantas cosas a los estudiantes que no podían cumplir, aún cuando, supuesto denegado, pudiesen resultar ganadores.

Al fin se anunciaron los resultados de la jornada electoral, el triunfo fue para la oposición, agrupada en la plancha N° 1. De inmediato, nuestro hermano Alberto César, que había resultado electo Secretaría de Cultura y Propaganda, se dirigió al estudiantado: “No podemos darle al estudiantado becas porque no tenemos los recursos del gobierno; no podemos entregar las residencias estudiantiles que fueron cerradas por el gobierno; no podemos darles un comedor, porque no tenemos esos recursos... lo que sí podemos ofrecerles a todos... es un pecho limpio y puro, para repeler la metralla asesina de este gobierno traidor...”

Varios días después, hay una asonada militar en una cercana ciudad, movimiento conocido como “El Carupanazo”. Voceros del gobierno piden a gritos a sus defensores, por medio de la radio, concentrarse en las casas de los partidos de gobierno. Por mala suerte, en Maturín el Liceo Sanz y la casa del partido de los desalmados quedaban cerca, casi en la misma dirección.

Las bandas de choque de AD fueron traídas en camiones del gobierno y, para envalentonarlos, les dieron bebidas alcohólicas con pólvora; luego fueron armados de fusiles, revólveres, machetes y cabillas, para proceder a asaltar el Liceo “Miguel José Sanz”. Los muy cobardes no asaltaron el liceo, donde había gran número de estudiantes, todos desarmados, en prácticas deportivas, en aulas de clases y reuniones de diferente índole. Las bandas armadas asesinaron dos estudiantes, e hirieron a más de veinte alumnos y nueve profesores, muchos de ellos fueron heridos de gravedad.

Todo era confusión, la ciudad olía a pólvora, era una tarde de sol pálido más bien un ambiente gris. En la calle corrían miles de comen-

tarios, se decía que los muertos eran dos hermanos, cuyos cadáveres sacarían de noche cuando el pueblo se calmara. Algunas personas afirmaban que los dos hermanos no tenían familia conocida y que vivían en otra población.

En medio de aquel ambiente, todos en nuestra casa y un grupo de amigos buscaban a Alberto César, el hermano mayor, nadie lo había visto; pasaban lentamente las horas, desde las dos de la tarde hasta la llegada del trabajo de nuestro padre, cerca de las seis, y todo era angustia. Mamá desesperada, andaba buscando y preguntando por nuestro hermano, como era costumbre cada vez que se sucedían hechos violentos en las cercanías del liceo Sanz.

Al llegar nuestro padre, rápidamente nuestra madre le pone en conocimiento de lo que acontecía, le indica que todos los hermanos están en casa o cerca, pero no aparece nuestro Alberto César.

Papá le resta importancia a las angustias de mamá, y para calmarla un poco le dijo: -“Tranquila mujer, quédate quieta, tú sabes de los sentimientos de nuestro hijo; con dos compañeros muertos en manos de esos bandidos desalmados, criminales, debe estar con compañeros haciendo colectas o diligencias para sufragar los gastos de los entierros; tú lo conoces, que tu hijo tiene tanto sentimiento por los demás que a lo mejor olvidó comunicarse con la casa para que veas que no le pasa nada malo; pero de todas maneras vamos a preguntar en la policía o prefectura para saber si está detenido o no; ya me arreglo, vengo cansado de ese largo viaje, pero ya salimos, espera y tranquilízate”.

Anda, anda, date prisa, quiero saber de nuestro hijo; él nunca se queda tanto tiempo, al saber que yo me angustio él viene, me ve y dice que está bien. Viene y se vuelve a ir, hoy no lo ha hecho y eso me angustia. ¿Quiénes serán esos pobres muchachos muertos? ¡Pobre familia!

Nuestros padres se fueron caminando hasta la policía, hablaron con el prefecto, amigo de la familia pues vivíamos frente a frente. Las respuestas fueron negativas, mi hermano no estaba en la lista de detenidos, ni heridos, mostrada por la primera autoridad civil a nuestros padres; y no era necesario investigar en la lista de muertos que llevaba el prefecto en las manos, porque los rumores apuntaban a que los cadáveres eran de dos hermanos de apellidos no conocidos por nuestros padres. Como era lógico, las angustias no permitieron más indagaciones y se regresaron a la casa donde todos esperábamos impacientes.

Nuestros padres cuando preguntaban por nuestro hermano recibieron tratos de burla de algún conocido político del gobierno y los cuales eran responsables directos del acto inhumano y criminal contra el liceo y su alumnado.

Cuando papá regresa a casa pide calma y recomienda esperar la llegada del hermano faltante.

De pronto viene un estudiante en bicicleta, Ricio Ortiz, y pregunta por la familia Millán.

— ¿Aquí vive la familia Millán?

Nuestro padre, quien responde que si, por encontrarse pensativo y preocupado en la puerta de la calle, se le presenta.

— Señor, me acaban de informar que su hijo está muerto en el liceo “Sanz”.

— No hijo, muchas gracias, por preocuparte, yo vengo del liceo y me dicen que los muertos son dos hermanos; ya revisé las listas en prefectura y no está.

No, señor Millán, yo soy amigo personal y compañero de estudios de su hijo y también soy compañero del otro estudiante muerto y le vengo a decir que si es su hijo el muerto.

Ante la afirmación categórica y con la convicción de la información, la angustia, el dolor oprimieron el pecho de nuestro padre, pero muestra entereza al acercarse mamá, para ver qué están informando. Mil ideas, recuerdos en fracciones de segundo cruzan por la imaginación de nuestro padre, cómo decir la verdad a nuestra madre, sin confirmar previamente la ingratitud de la vida.

En ese mismo instante, cuando nuestro padre, tan versado en responder ante cualquier circunstancia, no tenía idea en cómo decirle a mamá, un vehículo frena bruscamente y salta el conductor: Alí Zamora

Compadre, compadre, tengo malas noticias, han matado a nuestro muchacho, me lo acaban de informar, no son dos hermanos. Comadre, compadre, qué dolor, esos cobardes los mataron como un perro; está tirado en el piso del liceo, junto a otro compañero; eso fue una carnicería humana, hay presos, heridos y muertos, el hospital está full de sangre, gentes por todos lados, esos malditos... “democráticos”... lo asesinaron.

Comenzó la más grande de las pesadillas para nunca acabar, ¿cómo va a ser posible? Faltaba nuestro hermano mayor y estaba muerto dentro del liceo que él tanto quería y defendía.

LA MASACRE

Aires de tragedia, tristeza, miles de ideas, pensamientos, era inhumano, y pensar lo que venía. Nuestro hermano mayor muerto, asesinado, arrancado de la vida, así de pronto, cruel destino. ¿Dios por qué? ¿Por qué permites que maten jóvenes inocentes? En cambio, los “democráticos”, asesinos, ladrones, mal vivientes; hombres llenos de maldad, destructores del destino de nuestro pueblo, quienes en “nombre de la democracia” asesinan, torturan... andan sueltos.

Nuestros padres suben al vehículo del compadre y se dirigen al liceo “Sanz”, para confirmar la información... siempre con la esperanza de que fuera falsa...

El paso es interrumpido por unos vigilantes armados de fusiles y uniformados de bomberos.

— Buenas tardes, soy el señor César Ismael Millán, deseo pasar a reconocer a los estudiantes muertos...

— No puede pasar, son las órdenes que tenemos, replica el bombero que atiende el portón.

— Voy a pasar –insiste el señor Millán– pues me dijeron que uno de mis hijos es el muerto y voy a pasar a reconocerlo...

— ¿Qué quiere el señor? –pregunta altanero otro bombero, incorpo-

rándose al grupo- aquí no pasa nadie, porque esas son las órdenes, ¿usted no las oyó?

— Quien no oyó fue usted... yo dije que voy a pasar... si mi hijo es uno de los muertos yo voy a pasar...

Los segundos eran interminables, palabras que anunciaban el inminente enfrentamiento, perros rabiosos, uniformados de bomberos, fusil en mano, obedeciendo órdenes de los crueles “Democráticos”. Y allí en el mismo espacio, frente a ellos, un hombre herido en lo más sagrado, un hombre lleno de rabia y dolor.

Un poco más alejada, sentada en el vehículo del compadre, pensando, aislada, llorando en silencio pero brotan algunas lágrimas, estaba la señora Millán, quien reacciona cuando preguntan: ¿cómo estaba vestido el estudiante?

— Salió de la casa en la mañana, con un pantalón de dacrón, azul o gris oscuro, camisa blanca, mangas largas dobladas a tres cuartos, atinó a decir la madre.

— ¿Tenía el pelo corto? pregunta el bombero.

— Sí tiene el pelo corto, pues él se afeitó hace dos días. La señora Millán, responde pero taladrando con la mirada la cara del interlocutor, buscando cualquier gesto...

— Puede ser, los rasgos concuerdan con uno de ellos —responde el bombero, quien pide le franqueen la entrada al señor Millán.

— Señor Millán pase usted, pero sepa señor que nosotros no somos responsables... somos bomberos, nuestra función es atender emergencias; como quitaron a la policía del liceo para evitar males mayores, nos trajeron a nosotros para cuidar y vigilar el liceo, hasta que se lleven los cadáveres. Responde uno de los bomberos para justificar su actuación, que no es fácil entender.

— Yo no se quién es el culpable en este momento, ya habrá tiempo para eso, ahora condúzcame ante los estudiantes muertos para salir de dudas, vamos... Rosa, espérame aquí, voy a ver.

Así el señor Millán acompañado por un bombero fue hasta la sala de profesores del liceo “Sanz”, aquella trágica tarde del 4 de mayo.

Olor a pólvora, de muerte, todo en completo desorden, el piso cubierto de una alfombra de sangre ya seca, sillas y mesas volcadas, una nevera. En el piso tirado dos cadáveres, uno cercano al otro, casi en cruz. Al verlos el señor Millán reconoce a su hijo; irremediable, no había dudas, era él, tenía la rigidez propia de un cadáver, ¿qué hacer? ¿qué decir?...

— Hijo ¡cómo te han asesinado!...

— Lo siento señor Millán pero nosotros no fuimos...

— Yo no se quién fue, ya lo pagarán. Quiero que me entreguen el cadáver de mi hijo y de este otro muchacho.

...Espere señor Millán, váyase usted al hospital, que tenemos órdenes de sacar los cadáveres cuando venga el forense y, esperando se calme un poco el pueblo para evitar desórdenes; vaya usted y espere en el hospital.

Al tiempo de hablar, el señor Millán observa una postura extraña en el otro cadáver y se acerca poniendo los dedos en la barbilla para reconocerlo, pero lo raro era que la cara estaba destrozada y fracturada, producto del disparo y de golpes dados con algún objeto pesado y contundente. El padre exclamó:

— ¡Pobre muchacho, le han destrozado la cara!... Mire, yo me voy al hospital a esperarlos allá, pero si en una hora no llegan, vendré a buscarlos y me los llevaré. Le diré al pueblo que los muertos no son dos hermanos Guerra. No esperen que yo vuelva...

Al salir, entristecido, como sonámbulo, dejando el cadáver del hijo tirado en el piso y pensando en el terrible compromiso de cómo decir la verdad de la muerte del hijo a su esposa.

La señora Millán, angustiada, esperaba en la puerta. No fueron necesarias las palabras, al aparecer el señor Millán en la puerta, el corazón de la sufrida madre tenía la respuesta: el dolor hablaba por sí mismo. Las gargantas enmudecieron, no hubo palabras, los esposos se abrazaron, fundiendo el amor de siempre, para crear una familia feliz y el dolor lacerante al arrancar al hijo, sangre de la sangre y carne de la carne, asesinado por la vorágine sanguinaria de los “democráticos”.

La noticia ya corría como reguero de pólvora, los muertos no son dos hermanos, como inicialmente se creía. Los cadáveres correspondían a José Rafael Guerra Silva y Alberto César Millán Marcano, además habían nueve profesores gravemente heridos y aproximadamente veintidós estudiantes heridos y detenidos.

La versión oficial sobre el brutal atropello al estudiantado, dada por el sanguinario gobernador Armando Sánchez Bueno, era que: Un grupo de revoltosos “comunistas” del liceo “Sanz” preparaban bombas y armas, presentándose una pelea entre ellos, resultando muertos dos estudiantes, que se mataron uno al otro: los muertos son dos hermanos Guerra Silva; la policía tuvo que intervenir para calmar la situación, encontrando a nueve profesores y más de veinte estudiantes heridos.

El médico forense, Dr. Pedro Aristimuño Hurtado, militante del partido AD, encubridor de los crímenes, para evadir la justicia determinó: muerte por arma de fuego, de un disparo; este al salir del cuerpo del estudiante Alberto César Millán Marcano, ocasionó la herida mortal al otro, a José Rafael Guerra, de menor estatura y encontrándose ambos uno junto al otro en posición de cruz.

Las palabras sobran. La falsa versión del gobernador sobre la masacre del Liceo Sanz fue justificada totalmente con el informe del encubridor forense.

La verdad de los hechos

Las múltiples derrotas que en el seno del movimiento estudiantil sufría el partido del gobierno (AD), especialmente en el Liceo “Sanz”, cuna de grandes patriotas revolucionarios, mantenían los ánimos “encendidos” en el partido de la “Vieja guardia”, hasta el punto de planificar a mediados del mes de abril de 1962: “Darle un escarmiento a los estudiantes”, con el argumento de que eran comunistas, por ser jóvenes contrarios al gobierno.

El 4 de mayo, en horas de la madrugada, se produce una asonada militar para derrocar al mal gobierno de los “Democráticos”, en una ciudad vecina, conocido históricamente como “El Carupanazo”, por tener como sede la ciudad de Carúpano del estado Sucre.

En Maturín las emisoras de radio locales transmitían boletines oficiales cada media hora. Por intermedio del Dr. Iván Salomón Vergara, Secretario General del partido socialcristiano Copei, el gobierno de “Ancha Base”, llamó al pueblo, en particular a sus militantes, a reunirse en la casa de los partidos para salir a “defender la democracia”.

Mientras los camiones del gobierno iban y venían transportando campesinos de Vival, un pueblo cercano a Maturín, esta operación era dirigida por Antonio Alfaro Ucero y Roberto Gómez. Los defensores del gobierno eran llevados hasta la casa de AD, donde les daban a beber ron con pólvora para que tuvieran “valor” a la hora de los “tiros”, al tiempo de armarlos con fusiles, revólveres, machetes y cabillas.

El plan orquestado por la dirigencia adeca se puso en acción. Había llegado la hora del escarmiento a los estudiantes del Liceo Sanz. Los cabilleros de AD, armados y borrachos, arremetieron contra jóvenes inocentes, contra profesores y todo el personal que se encontraba en las instalaciones del plantel educativo.

Los dirigentes del partido, autores materiales e intelectuales del horrendo crimen, enviaron una patrulla de la Digepol (policía política del gobierno), para que hicieran unos disparos en la puerta del liceo, las detonaciones eran una especie de santo y seña; es decir, la orden estaba dada desde el alto gobierno.

En la casa de AD los nervios y la borrachera fueron aprovechados por Moisés Marcano, Benito Pereda, el Catire Abreu, Roberto Gómez y Antonio Alfaro Uceró, entre otros.

Los dos primeros, se quedaron en la sede partidista haciéndose los locos para no aparecer y los otros tres, gritaron: “vamos compañeros, los comunistas se alzaron en el liceo Sanz y están armados, disparando... vamos a joder a esos comunistas... vamos a darles un escarmiento, esos son los peores enemigos...”

Una jauría de borrachos armados, disparando a diestra y siniestra, sin conocer el manejo de las armas, querían destrozarse todo, lanzaban tiros a cualquier cosa, a las paredes, ventanas, árboles, a los postes de la cerca, a las paredes externas, etc; mientras los estudiantes, inocentes de lo que acontecía en la calle, estaban en las canchas jugando, otros en la avenida conversando y un grupo en la sala de profesores junto al director Carlos José Palomo, quien se encontraba con varios profesores discutiendo la posibilidad de suspender las clases, debido al alzamiento militar ocurrido en la ciudad de Carúpano.

Los estudiantes que permanecían en la calle y la gente común corrieron a refugiarse dentro del liceo, buscando en la casa de estudios la salvación en medio de la balacera. La violencia de las bandas adecas comenzó en la calle, por lo que el director ordenó cerrar las puertas y portones, para resguardar al alumnado; craso error, se equivocaron, la turba de borrachos, policías y democráticos, era imparable, nada los detenía. A tiros rompieron los candados, destrozaron portones y puertas; lanzaban machetazos y cabillas contra estudiantes y profesos-

res que encontraran en el camino y en los pasillos. El Director y los profesores se comportaron como verdaderos héroes, queriendo defender a sus alumnos, pero la jauría sangrienta era indetenible.

El Director del liceo, llamó al gobernador del estado para pedirle auxilio. Al identificarse el prof. Carlos José Palomo como el Director, el mandatario regional le preguntó:

— Diga profesor... en que puedo servirle...

— Compañero, bandas armadas del partido están disparando contra el liceo, están destrozando todo..., por favor, compañero, pare a esta gente, pueden matar a alguien, ya parece que entraron, auxilio... Sánchez Bueno...

— Profesor Palomo, quédese quieto, eso no pasará... pero a esos carajos hay que joderlos, ya pasará todo, hay que darles un escarmiento a esos carajos. No diga que usted habló conmigo, yo no se nada... ¿Ok?... Eso es cosa del partido... chao... Profesor.

Cruel, despiadada, sangrienta fue la acción de los “Democráticos”. Ellos entraron al liceo gritando: comunistas, ¿“malditos” estudiantes dónde están las armas? Entreguen las armas maricones, busquen; encuentren las armas, y si no los vamos a joder “comunistas”. Desde aquel momento reinó una horrible confusión. Había que salvar la vida, había que esconderse donde fuera, tumbando mesas, sillas, dentro de un closet, en los escaparates.

Los “Democráticos” entraron y destrozaron todo a su paso. La profesora María Escolástica Pérez de Peña, que estaba embarazada, se metió en un mal oliente closet, junto a su esposo, el profesor José Jesús Peña y dos estudiantes más; otros profesores hicieron lo propio en otro closet. Calor, sofoco, miedo, agonía. Al rato, luego de la masacre, comenzó una aparente calma. La profesora, a punto de parir y llena de nervios, pide agua, tenía la a garganta reseca, necesitaba beber agua.

Era la hora de la valentía y firmeza del joven José Rafael Guerra. La condición de la prof. María Escolástica obliga a José Rafael a salir de su escondite, para buscar un vaso de agua en la nevera de la Sala de Profesores, en ese preciso momento es sorprendido por las “sanguinarios”, su cuerpo recibió dos tiros en la espalda, pero su juventud, su entereza y su fortaleza física lo mantenían con vida, y comenzó la batalla contra la muerte. Es el momento en que el sanguinario Domingo Peña Zerpa, (a) el maracucho lo golpea con un objeto contundente, mientras le gritaba:

— “Muere hijo de puta! maldito estudiante, comunista, muere.

— El cuerpo de José Rafael aún daba señales de vida, entonces el maracucho se dirige a la sala de educación física que estaba en el pasillo y buscando un objeto contundente, encontró una pesada bala deportiva.

El maracucho regresó a la Sala de Profesores para continuar la batalla contra el cuerpo casi sin vida del joven estudiante. Toma la bala deportiva y con ella le destrozó los huesos de la cara del joven Guerra Silva. Luego, vino el tiro de gracia en la nuca, sale por el ojo derecho, explotando en el mismo. Aquel sanguinario torturar quería asegurarse que el estudiante estaba muerto. Después se supo que el arma utilizada era un revolver 38; bala “DUM.DUM”, explosiva.

El otro joven, Alberto César Millán Marcano, al darse cuenta la masacre que se estaba cometiendo contra su compañero, con la fogosidad del guerrero, espíritu combativo, sin medir las consecuencias, aún sobre la propia vida, poniendo el pecho puro y limpio para repeler la metralla de este gobierno traidor”, se abalanzó sobre los verdugos “Democráticos” para proteger con su propio cuerpo al compañero estudiante caído, siendo asesinado de un certero disparo de revolver 38; bala “DUM-DUM”, explosiva. La bala le dio en la espalda a la altura de la parte baja de la “costilla derecha”, destrozando todos los

órganos, con salida en la parte izquierda del cuello, donde el proyectil hizo explosión.

Aula por aula, laboratorios, pasillos, depósitos, nada escapó a la feroz violencia de las bandas adecas. El liceo fue escenario de una carnicería sangrienta. Estudiantes y profesores heridos, planeados y destrozados a cabillazos, eran trasladados al patio interior, donde Antonio Alfaro Uceró, Julián Velázquez (a) Chapita, Comandante de policía y Consuelo Bermúdez ordenaban una fila de ejecutores, frente a dieciséis estudiantes y profesores quienes iban a ser fusilados. La orden era dada por Antonio Alfaro Uceró, quien gritaba:

“Ahí están sus peores enemigos... uno para cada uno... mátenlos, mátenlos.

Preciso momento, entre la vida y la muerte, la orden estaba dada, era inminente el fatal desenlace, cuando se escucha una contraorden:

— ¡Quietos, nadie se mueva! ¡Quieto todo el mundo! Ya basta, deténganse, eso no puede ser.

Era la Guardia Nacional que venía atraída por la salvaje explosión de miles de disparos. La comisión conformada por seis efectivos estaba comandada por el subteniente Héctor Carvajal Sequera. La comisión pasaba frente al liceo por pura casualidad, pero evitó un mal mayor, y por eso se salvaron muchas vidas inocentes, y también se pudo frenar la carnicería humana de las bandas armadas de AD contra los estudiantes y el personal docente del Liceo.

No obstante, a las espaldas del Subteniente apareció uno de los sanguinarios asesinos, identificado posteriormente por el militar como el catire Abreu, quien logró desarmar al subteniente Carvajal Sequera al tiempo que le gritaba:

— ¿Ahora también ustedes son comunistas, mierdas?

Pero la Guardia Nacional retomó sus posiciones; asumió el control

del liceo y freno a los bandoleros democráticos en su sed de sangre estudiantil.

Se había consumado lo que conoce como la masacre del Liceo “Sanz”. Las bandas armadas de AD bajo el pretexto de defender la democracia “escarmentar” a los comunistas; asesinaron a dos inocentes jóvenes de dieciocho y diecinueve años, estudiantes del tercero y quinto año de Ciencias; profesores y estudiantes heridos; luto en los hogares del país, llanto y dolor. Rabia, lágrimas, construyendo un país con bases de una falsa democracia.

Los autores de la masacre del Liceo Miguel José Sanz

La masacre del Liceo Sanz fue planificada por el Comité Ejecutivo Seccional de AD, aunque en ella tuvieron participación algunos dirigentes nacionales de ese partido. Entre los autores intelectuales se encuentran: Armando Sánchez Bueno, Gobernador; Gil Jiménez Coello, prefecto; Luis Alfaro Uceró, senador y dirigente de AD en el estado Monagas; Antonio Alfaro Uceró, hermano del senador, cabillero y militantes de AD; Prof. Pedro Suárez Guevara, militante de AD; Prof. José Contreras Molina, militante de AD; Moisés Marcano, Jefe de la Brigada Especial de AD; Benito Pereda, dirigente sindical; los hermanos Luis y Pedro Pablo Mata; Micaela Cova, Carmen Bruzco y el Negro Vizcaya, miembros del Buró Juvenil de Acción Democrática.

Entre los autores materiales de la acción criminal hemos registrado a: Cristóbal Santil, oficial de la policía, para el momento se encontraba detenido en su propio cuartel por haber matado a uno de sus compañeros; Manuel Antonio Pérez García, Inspector Jefe, y José Farías Moya, agente, de la Policía Técnica Judicial (PTJ), ambos funcionarios levantaron un informe falso, en el cual se lee: ...”intercambios de disparos que procedían del interior del liceo”... Ahora bien, cómo

podieron ver esto, si ellos mismos demostraron que, cuando ocurrieron los hechos, no habían armas dentro del liceo ni en manos de los estudiantes, como quedó demostrado en la prueba de la parafina... Según ellos vieron al médico forense sacar la bala de la piel del joven José Rafael Guerra.

Otros participantes directos o ejecutores de la masacre fueron: Pedro Aristimuño Hurtado, médico forense; Julián Velázquez (a) chapita, Domingo Peña Zerpa (a) el maracucho, (asesino de José Rafael Guerra; Antonio Avila Galviz, denunciado como asesino de Alberto César Millán; Rafael López Gil (chofer del prefecto); Julián Velásquez Gallardo (estos tres vestidos igual que el asesino de Alberto César: pantalón gris y camisa kaki y sombrero de fieltro, portaban revólver 38, y se ubicaron en la Sala de Profesores); Eladio Salazar, Primer Comandante de Policía; Francisco Leonet Mata, Segundo Comandante de Policía (quien entregó al armamento al oficial Cristóbal Santil, y a los civiles); Luis Beltrán Rojas, oficial No 6; Guillermo Marcano, oficial No. 11; José Ángel Pérez, oficial No.12 (entregó el parque policial a los borrachos y civiles de los democráticos); Amancio Rojas, oficial No.55, Graciano Jesús Martínez, oficial No. 7, quien fue herido en la cabeza por sus propios compañeros y quiso acusar a los estudiantes; Antonio Alfaro Uceró, cabillero a sueldo, quien dirigió los camiones que traían a los campesinos de Viboral, además de comandar el pelotón de fusilamiento organizado en el patio del liceo. Antonio Alfaro planificó esconder la muerte de Alberto César, al declarar que los muertos eran dos hermanos de apellido Guerra.

En la lista de los ejecutores materiales de la masacre también se registran otros sanguinarios personajes: Remigio Ramírez, oficial de policía; Gerardo Colina (a) el chichero Colina (militante de AD); Pedro Manuel Centeno (militante de AD); Alí Cabrera, agente de policía; Félix Leal, agente de policía; Roberto Gómez, manejó el camión que

trasladó los campesinos de Viboral, además planificó y actuó junto a Antonio Alfaro; Baudilio Meza, agente de policía; Elpidio López, agente de policía; Eulogio Guilarte (militante de AD); Daniel Roca, agente de la Digepol; Luis Gómez, (a) el catire Abreu, cabillero y agente de seguridad de AD.

La responsabilidad de los hechos recae sobre el Gobierno de Rómulo Betancourt en un gobierno, célebre por aquella frase: “Disparar primero y averiguar después”, la cual sintetiza la política represiva de los gobiernos representativos después de la caída de la dictadura de Pérez Jiménez. Gobierno de Ancha Base, despiadado, inhumano, que llenó de sangre a todo el país, a cada calle y liceo, a las universidades, siempre con el pretexto de acabar a los comunistas.

Las actuaciones de los funcionarios de la Policía Técnica Judicial estaban dirigidas a esconder el crimen, realizando las diligencias del expediente contrario a la verdad, apoyándose en el informe médico legal, emitido por el doctor Pedro Aristimuño Hurtado. En el citado documento se puede leer:

“Se apreciaron dos cuerpos sin vida de dos estudiantes sobre un charco de sangre bastante considerable... El cadáver de José Rafael Guerra, la mano izquierda aprisionada bajo el abdomen y la mano derecha encogida con un llavero con las características siguientes: una navaja pequeña con dos hojas cortantes de color rojo, una especie de corazón con la imagen de la Virgen del Valle y la Virgen del Carmen, más una llave... Examinando cuidadosamente dicho cadáver, presentó orificio presumiblemente producido por proyectil de arma de fuego en el ojo derecho, que lo vació por completo; buscando un orificio de salida de dicho proyectil, se observó una ligera protuberancia en la nuca presumiéndose que fuera el proyectil aún sin salir... para esto el médico forense doctor Pedro Aristimuño Hurtado, le practicó una incisión y fue extraído un trozo de plomo o proyectil correspondiente

a los disparados por un fusil FN30; arma utilizada por el Ejército y la policía... (José Rafael Guerra...); el otro estudiante Alberto César Millán, un examen minucioso... el proyectil le penetró por el antebrazo izquierdo después de haberle traspasado casi la mitad del tórax; tuvo un orificio de salida en la región subclavicular izquierda, es decir, el orificio de entrada fue a nivel de la región deltoide con orificio de salida en la región sub-clavicular ...con rompimiento de la arteria... según se presume posiblemente fue el proyectil extraído del cadáver de José Rafael el que causó también la muerte de Alberto César Millán (...).

Tomando en cuenta el sitio de la habitación donde se encontraba José Rafael Guerra, quien siendo de más baja estatura es comprensible que recibiera el impacto en el ojo..., el proyectil quedó casi abotonado en la piel, o sea, que dicho proyectil no tenía fuerzas para traspasarla porque ya venía frío”.

Nuestras propias investigaciones, los relatos de testigos presenciales y las enseñanzas del tiempo en las luchas por esclarecer algún día este abominable crimen, nos han llevado a plantear que el doctor Pedro Aristimuño Hurtado y los PTJ Joaquín Salvador Bermúdez Castellanos y José Antonio Cardozo, militantes de AD, Vieja Guardia, prepararon el escenario para acallar la voz de la justicia. Los cuerpos separados de Millán y Guerra fueron movidos, desde donde cayeron, hasta ponerlos casi en cruz, lo cual permitió al médico emitir su falso informe. En el documento se omite la verdadera identidad de las armas utilizadas por ser parte de los armamentos prohibidos internacionalmente para disuadir las manifestaciones públicas.

Alberto César Millán recibió un tiro en la parte baja de la “costilla derecha”, con salida en la región subclavicular izquierda, allí la bala hizo explosión fragmentándose en diminutas partículas; por otro lado, José Rafael Guerra, recibió dos tiros en la espalda; con una “bala deportiva” a José Rafael, estando moribundo en el piso, le destrozaron

los huesos de la cara y lo remataron con un “tiro de gracia”, que tenía orificio de entrada en la nuca saliendo por el ojo derecho donde hizo explosión, quedaron solo pequeñísimas partículas.

Además, nuestras investigaciones también nos arrojaron: 1. –El proyectil que mató a Alberto César fue DUM-DUM, EXPLOSIVA revólver 38 que al fragmentarse no puede entrar en otro cuerpo; 2.- El proyectil que le entró a José Rafael Guerra, a la altura de la nuca, es del mismo tipo de armamento y por lo tanto explotó a nivel del ojo; 3ro.- La estatura de Millán era aproximadamente 1,65 mts de altura, mientras que Guerra medía 1,72 mts, era más alto que Millán, y 4to.- La versión de varios estudiantes es que “vieron un solo cuerpo frente a la nevera, en la Sala de Profesores”.

A pesar del tiempo transcurrido, aún continuamos llorando la irreparable pérdida de nuestros héroes Alberto César Millán Marcano y José Rafael Guerra Silva, también guardamos en nuestros recuerdos a todos aquellos que de una manera u otra fueron vejados y atropellados por las bandas armadas de Acción Democrática en Maturín, así rendimos tributo:

A Carlos José Palomo (29), Director del liceo, abofeteado y detenido; Fernando Guzmán Machillanda (25), Subdirector; y a los profesores José Gómez Zuloaga (26); Elías Gonzalo Pérez Benítez; Antonio Silva (25); profesora Ligia Montáñez (24), quien quedó en estado de coma; Jaime Ortega, en estado de coma; Iván Iturralde (25) herido de gravedad; José Jesús Peña (24); María Escolástica Pérez de Peña (23), embarazada; Violeta Alicia Rodríguez y Aura Simmons;

A las Secretarias Blanca Ramírez, Josefina Ortiz Bucarán, Vestalia Valerio;

A los bedeles: José Ramón Bastardo Coronado, Froilán Golindano y José Ledezma;

Estudiantes: José Ramón y José Ángel Guerra Silva, hermanos de José

Rafael; Ildemar Antonio Ruiz, Juan Pelayo, Luis Ramón Pereira, Jesús Elías Hernández, Emigdio Pelayo, Pedro SalazarSalvador termina, Rafael Córdova, José Rafael Bastardo, Luis Cancino Domínguez, Roberto Fajardo, Orlando Pino, Nelson Agostini, Zoraya Pelayo Zamora, Amable Esther Álvarez, Manuel Mejías, Rigoberto Sevilla (Rigo), Eleazar Ruiz, Elbano Morocoima, Plutarco Gómez, Miguel Rçavago, Rafael Azan, Luis Beltrán Brito, Joaquín Pinzón, Tobías Ruiz, Manuel Villacreces, Aníbal González, José Inés Fariñas, Isidro Ramón Bermúdez Romero, Iván Noé Zurita, Noel Arzolay, Jesús Armando González, Alfredo Barrios, Valle Josefina Morffe, y Benito Velásquez.

La masacre del Liceo Sanz fue y será un hecho histórico imborrable en la memoria y corazones de un pueblo que eternamente llorará tan irreparable pérdida. En la memoria de este pueblo, por siempre estarán entre nosotros los héroes Alberto César Millán Y José Rafael Guerra, como un símbolo, como las banderas que llevaremos en la marcha triunfal hacia la construcción de un mundo nuevo, una nueva patria, sin que el tiempo pueda borrar las sonrisas de nuestros héroes.

Una sentencia viciada

La sentencia encubridora de la barbarie de los socialcristianos, emitida por el Juzgado Primero de Primera Instancia, Juez doctor Pablo Daniel Moreno, fue la siguiente:

”Administrando justicia en nombre de la República y por autoridad de la ley...

ABSUELVE a los procesados: Antonio Avila Galviz, Julián Velásquez, Remigio Ramírez, Domingo Peña Zerpa, y Rafael López Gil...

Así mismo condena a los procesados Francisco Leonet Mata a cumplir la pena de TRES MESES, SIETE DIAS Y DOCE

HORAS DE PRISION, por el delito de fuga de detenidos; al procesado Julián Velásquez, a sufrir la pena de SIETE MESES Y QUINCE DIAS DE PRISION por el delito de instigar a delinquir (...).

En este estado de burla al pueblo...el expediente No. 1.264 al Tribunal Superior, donde se ratificaría o negaría esta decisión... El expediente fue recibido el por “el Juez Superior doctor: IVAN SALOMON VERGARA, el dirigente copeyano que llamó por la radio: “A los compañeros” a concentrarse en la casa del partido para defender la democracia, aquel trágico 4 de mayo de 1962, día que le dieron el escarmiento a los estudiantes del Liceo Miguel José Sanz.

HOY YA NO HAY MÁS MIEDO, YA NO EXISTE EL GOBIERNO ASESINO DE ADECOS O COPEYANOS, HOY PODEMOS RENDIR ESTE TRIBUTOS DE ADMIRACIÓN A LOS HÉROES VÍCTIMAS DE LA MASACRE AL CUMPLIRSE EL 50 ANIVERSARIO DE AQUEL TRÁGICO DÍA.

A ALBERTO CÉSAR MILLÁN

F. Rafael Azan

I

TU NO HAS MUERTO TODAVÍA
EN NUESTROS CORAZONES VIVES,
Y EN EL PENSAMIENTO ESTÁ
TU RECUERDO PEREMNE CADA DÍA
Y TE JURAMOS UNA VEZ MÁS
ANTE TU DISTINGUIDA TUMBA
QUE SEGUIREMOS LUCHANDO
POR LA VERDADERA LIBERTAD.

II

Y EN UN AMANECER GLORIOSO
CUANDO SE HAYA LOGRADO
CONQUISTAR LA LIBERTAD
ESA LIBERTAD POR LA QUE LUCHASTES
ESA LIBERTAD POR LA QUE MORISTES
LA VIDA SERÁ DISTINTA
TU RECUERDO PERDURARÁ
Y TU NOMBRE RELUCIRÁ.

III

Y SI EL IMPERIALISMO OPRESOR
INTENTARE OTRA VEZ
DESTRUIR EL GLAMOR
ANTE TU TUMBA ESTAREMOS
PARA JURARTE DE NUEVO
QUE ESTAMOS DISPUESTOS
A LUCHAR OTRA VEZ
Y CON LA MISMA VOLUNTAD
RECONQUISTAR LA LIBERTAD.

IV

Y EN EL SURCO
DE NUESTRA PATRIA
CADA RUIDO DEL ARADO
Y CADA SONIDO DEL MARTILLO
EN LAS CIUDADES INDUSTRIALES
Y EN TODO LO ANCHO DE LA MAR
SE DISTINGUIRAN 17 LETRAS
EN NOMBRE DE: ALBERTO CESAR MILLAN

ELEGIA A ALBERTO MILLÁN

Orlando J. Monserrat

Éramos cinco amigos,
Éramos cinco hermanos:
Yraídes, Odoardo, Pedrito,
Alberto César y Orlando.
Éramos los cinco dedos
de un puño, de una mano,
que luchaba con denuedo
y con ideales sagrados
contra la opresión y el miedo
en el pueblo venezolano.

Éramos cinco hermanos
que íbamos siempre juntos,
que lo mismo siempre pensamos:
luchar contra la maldad del mundo.

Éramos solo cinco
que formábamos uno solo,
y éramos hermano querido
el más inteligente y valeroso de todos.

Tus ideas eran grandes
de bienestar para todos,
tu futuro era brillante,
nuestras ilusiones muchas;
pero el asesino ignorante
te detuvo en tu lucha,
segó tu vida de Atlanta
destruyendo nuestro mundo,
y dejándonos por delante
un camino sucio, inmundo.

Has muerto Alberto Millán,
has muerto asesinado
como otros morirán.
Has muerto, te han matado,
pero has muerto como un héroe;
has muerto y serás vengado.

Éramos contigo cinco,
Ahora solo quedamos cuatro
Y te juramos hermano querido:
Que aunque nos maten serás vengado.

César, tu memoria no respetan,
a tu hermano Américo lo arrestan,
los cobardes, no le dan felicidad
A nosotros nos matan...
Pero lucharemos por su libertad...

Maturín, 17-6-62

A LA MEMORIA DE ALBERTO CÉSAR

César, levanta de tu tumba y protesta
Justicia para el aparato secuaz,
Ellos, tu memoria no respetan
Ni tampoco quieren paz...

César, la historia te recuerda
En otro suceso fue marcada,
Con tu sangre la hora es propicia,
Tus hermanos y tu pueblo cobrará justicia...

Revista Comercial Maturín

PRESENCIA

Aquí estamos ahora los que fuimos un día
ambición de la luz, látigos de la sombra:
Guevara... Monserrat... Moreno... Córdova
los que un día soñamos que nuestro andar sería
la unión interminable.

Aquí estamos
los que vamos
con un hambre de espacios infinita
y una sed insaciable
de libertad, de ciencia, de conciencia
la esperanza bendita
del divino soñar interminable.

FUGA DE LA ESPERANZA

Pero estamos aquí, como en un libro abierto:
palabra y figura;
con los labios dormidos y los ojos despiertos;
imágenes perdidas, imágenes presentes,
que en el espacio gris de sus líneas dementes
asesina a los vivos y silencia a los muertos.

Aquí estamos, es cierto,
todos los que allá fuimos
esperanza de salto a este momento.
Orlando Monserrat, Millán Alberto...
¿Alberto?... Alberto... Alberto...
Alberto no está aquí...
¿Alberto?... Ah, si...
ha muerto...ha muerto... ha muerto...

SÍNTESIS DEL RECUERDO

Alberto, caballero de la dulce mirada.
compañero, amigo, camarada,
aún conservo en mi mente el vívido destello
de aquella muerte horrible prendida de tu cuello,
y la luz de tus ojos por el terror marchita,
y aquella horrible forma de estarte quieto, Alberto,
y plasmada en tu boca la inocencia infinita
de no saber aún si estabas muerto.

Alberto, a los amigos tristes,
a las madres que lloran,
a los que ahora están donde ayer estuviste;
a los que han sido víctimas
y a los que los inmolan,
tu recuerdo será la ardiente flama,
eterna, luminosa e infinita,
y tu voz inmortal cual la de Cristo exclama:
<Ego sum lux et veritas et vita>

EL LLANTO DE LAS HORAS

Los cielos están llorando,
no se cansan de llorar,
¿cómo van a estar contentos
si ha muerto Alberto Millán?

y las flores de los huertos
de rojo toda están,
porque corre por sus pétalos
sangre de Alberto Millán.

Ya los pájaros se fueron
¿adónde irán a cantar?
Seguramente en el cielo
Donde está Alberto Millán.

Los árboles inclinados
sus ramas moviendo van,
y es Alberto se ha marchado
y despidiéndolo están.

La sabana está silencio,
hondo y sombrío el morichal
¿Cómo va ha haber algo alegre
si murió Alberto Millán?

Ya Maturín no es quien era,
Lo devoró el medanal,
En su <alma mater> gloriosa
Ha muerto Alberto Millán.

PRESENCIA DE LA LUZ

Presente estás Alberto, como siempre estuviste,
porque nunca te has ido;
estás entre nosotros sintiéndote elegido
bajo la paz serena de lo que siempre fuiste.
Aquí siento Alberto, pendido de mi voz,
excelsa plenitud en mis ojos dolidos,
retorno de la fuga, ausencia del adiós,
valiente capitán del camino perdido

y la huella dejada;
estás entre nosotros, gloria y honra ganada,
luz entre las tinieblas y voz sobre el silencio,
vivo, sonriente, inmenso,
mimosa y bendita tu imagen evocada.

CANTO POR LO QUE NUNCA MUERE

Canto al cielo y su esplendor,
a las aguas de los ríos;
canto a los bosques umbríos
y al trino del ruiseñor;
canto al divino fulgor
que las estrellas nos dan;
canto a la flauta de Pan,
al canto de las sirenas;
canto por las cosas buenas
que tuvo Alberto Millán.
Canta al romper la mañana
el viento en los morichales;

la yeguada en los corrales
con relinchos se engalana;
canta toda la sabana
su amor en un loco afán;
las paraulatas están
embriagadas de contento
y yo con mi sentimiento
le canto a Alberto Millán.
Gira el lazo del suspiro
tras el potro del recuerdo;
me duele el costado izquierdo
por las cosas que ahora miro;
hiere el aire que respiro
allá en mi pecho, profundo,
y triste y meditabundo,
y hambriento de luz y paz,
he visto cual nunca más
lo que no muere en el mundo.

CANTO FINAL

Domingo Rogelio León

Padre nuestro divino y sereno,
que estás en el cielo de todos buenos,
a quien fue en la vida ante ti, señor,
ilusión vehemente y esperanza trunca,
¿no es verdad señor que no podrás nunca
negarle tu amor?

A la madre triste, a la madre buena,
atada al recuerdo de un nido de amor,
que hilvando angustias va tejido penas
e inventando en sueños fabrica un dolor
A la que en las noches de las horas tristes
se consume en llanto de amargo dolor
a la que la horrible pesadumbre viste,
ampara y bendice Señor

Por el que murió sin nunca haber muerto,

Por él, por Alberto.

Por Alberto César, Señor.

Por la sangre virgen que tu derramaste,
por lo que tu amaste,

por lo que él amó:
gloria tuya, Señor,
gloria tuya, Señor.

ELEGIA A ALBERTO MILLÁN

Orlando J. Monserrat

Has muerto Alberto Millán
quizás como otros jamás morirán.
Tu muerte gloriosa de héroe has hecho,
llevando en tu pecho
tu amor por la Patria y la Libertad.
Tu ideales eran grandes
de superación para todos;
su futuro era brillante;
tus ilusiones muchas,
pero vino la garra asesina:
sed de sangre, mensajera de la muerte,
y segó tu vida anhelante
deteniéndola en la lucha;

y quedó ante tus pies intraficable y mudo,
un inmundo camino torvo y sucio.
¿Dónde hallas para la madre
el buen hijo que hubo en ti?
¿Dónde podré yo encontrar
el amigo que perdí?
Ya no habrá más ese hijo,
no hallaré otro amigo así,
ya no verán más mis ojos
lo que un día vieron en ti.
¡Que fatal es a veces el destino
y que erróneos son sus destinos!
¿Por qué morir el amigo bueno,
el buen hijo, el buen hermano,
por qué morir si tenías tan hermosos sueños?
¿Por qué morir así el amigo bueno,
tan horrendamente asesinado
por el asesino, traidor descarado
que vende la Patria al postor más caro?
Han matado a Alberto César;
luz de estudiante sereno,
ha muerto el amigo bueno
que jamás un mal hiciera;

ha muerto quien nunca fuera
causa de dolor ni penas;
en el corazón nos queda
la visión de lo que él era;
en nuestras mentes su imagen,
y en nuestros anillos las letras
que van a formar su nombre
como recuerdo imborrable.

Así transcurrieron los primeros dos años del gobierno de Betancourt, el cual levantó como bandera que la tarea era destruir a los comunistas y esta excusa sirvió como telón de fondo para masacrar, perseguir, torturar, allanar universidades y liceos, dando origen a la Venezuela de la tortura, del crimen político, de las desapariciones forzosas de personas... la Venezuela que todavía anda tras los pasos de los hijos, esposos, hermanos víctimas de la política represiva de las décadas del 60, 70, 80 y 90 de nuestro Siglo XX.

OTROS TESTIMONIOS

Artículos publicados por el *Correo del Orinoco**

(*) Investigación y textos: Carlos Ortiz. Fotografías: Luis Franco, Héctor Rattia y Archivo del *Correo del Orinoco*.

50 años de la masacre del liceo Sanz (I)

Las bandas armadas de AD atacaron a los estudiantes con machetes, cuchillos, cabillas y armas de fuego

Sobrevivientes acusan a Antonio Alfaro Ucero, ya fallecido, de haber dirigido la turba que asesinó a Alberto César Millán y a José Rafael Guerra. Desmienten categóricamente que en el liceo hubiera grupos armados y aún reclaman justicia

Hace 50 años, el 4 de mayo de 1962, las bandas armadas de Acción Democrática (AD) -apoyadas por efectivos de la policía- asaltaron el liceo Miguel José Sanz de Maturín. Con cabillas, cuchillos, machetes, revólveres e incluso algunas armas largas, cientos de hombres enardecidos arremetieron contra estudiantes y docentes. A José Rafael Guerra Silva y a Alberto César Millán Marcano, los acorralaron en la sala de profesores y los asesinaron.

Sus cuerpos, especialmente el de Guerra, daban muestras del ensañamiento de sus verdugos: presentaban, además de disparos, hematomas y heridas abiertas con objetos cortantes y punzopetrantes. De hecho, cuando el padre de Millán acudió a la enfermería del hospital de Maturín, a donde logró que trasladaran los cadáveres, tuvo la penosa experiencia de constatar que en el cuello de Guerra había un hueco tan profundo que se tragó hasta la muñeca la mano del enfermero que limpiaba el cuerpo.

Indefensos ante sus verdugos

Según versiones que circulan hasta la fecha, las bandas armadas del entonces partido de gobierno (mandaba Rómulo Betancourt) habrían actuado para reducir un supuesto foco subversivo que apoyaba a la insurrección cívico-militar de El Carupanazo, que estalló ese mismo

día. Dirigentes de AD incluso llegaron a decir que desde el Sanz abrieron fuego contra su sede, que para entonces estaba ubicada en la misma acera del liceo, en la avenida Bolívar de Maturín.

Quienes sobrevivieron a la masacre o fueron testigos del asalto, desmienten categóricamente ese señalamiento. Tal es el caso del hoy abogado Farid Rafael Azán, quien estuvo a punto de ser fusilado dentro del liceo y accedió a dar su testimonio al *Correo del Orinoco*: “Eso es totalmente falso, lo desmiento de manera absoluta. Ahí no se organizó ninguna protesta dirigida a apoyar ninguna acción de ese tipo. Además, nadie en el liceo tenía armas, lo que sí hubo fueron 3 o 4 de horas de plomo contra los que estábamos adentro, ahí apalearon hasta a los profesores y algunos salieron gravemente heridos. Eso fue un ataque criminal contra gente desarmada e indefensa”.

Azán, que era secretario de finanzas del Centro de Estudiantes, elegido una semana antes, recuerda que “en la mañana hubo un dirigente estudiantil que dio un discurso político, que ahora yo no podría precisar que tuviera relación con El Carupanazo, creo que lo recordaría si hubiera sido así. Pero en esos días era común que los dirigentes lanzaran discursos en el liceo. En todo caso, eso no pasó de ahí, y como a las 11:00 u 11:30 am todo el mundo se fue yendo del liceo. Hasta ese momento no ocurrió nada anormal. Yo era de la Juventud Comunista, igual que Alberto, de haber algún plan, lo hubiera sabido”.

El entonces dirigente -que cinco días antes había cumplido 14 años- regresó un poco antes de las 2:00 pm al plantel, pero se encontró con la sorpresa de que el liceo estaba cerrado: “Habían suspendido las clases sin avisarnos, así que quienes éramos del centro de estudiantes saltamos la cerca y entramos para hablar con el director. Nos reunimos con él en un cuartico y le pedimos una explicación. Nos dijo que las clases estaban suspendidas por orden del Gobernador (Armando Sánchez Bueno) en eso estábamos cuando empezaron a sonar los disparos.”

Tendidos boca abajo mientras “los vidrios nos caían en el lomo”, Azán y sus compañeros vieron llegar “culebreando por el suelo” a un bedel del liceo que le dijo al director: “véngase para la dirección, que allá lo están solicitando porque mataron a dos muchachos”. Esa fue la última vez que Farid Azán vio al director, que salió arrastrándose junto al bedel y no regresó. En su lugar llegaron varios hombres “borrachos y agresivos” que los condujeron “a la parte central del liceo. Ahí nos pusieron en línea, uno al lado del otro, para matarnos”.

Horror entre sus vecinos

Cincuenta años después, Azán revive la desazón que le produjo reconocer entre los agresores a un vecino suyo, amigo de su familia, “cuando nos iban sacando llegó con un revólver Antonio Ávila Galvis. Me habló a mí directamente y me dijo: ‘Qué lástima, ahí les dejamos dos muchachos muertos’.

También a él y a los ocho estudiantes que lo acompañaban les esperaba la muerte. Eso lo entendieron cuando llegaron al salón principal del liceo y quedaron a merced de una turba que había destrozado el lugar, “como las puertas de hierro de la entrada principal, que eran altísimas y pesadas, estaban cerradas, las abrieron a punta de plomo y las dejaron llenas de huecos. Todo lo destruyeron: los pupitres, los pizarrones, los laboratorios, las ventanas, aquello era un desastre, por el suelo rodaban botellas de ron”.

Los hombres que condujeron a Rafael Azán y a sus compañeros, los alinearon uno al lado del otro “para ejecutarlos. Éramos nueve, y al frente nos pusieron a cuatro policías con máuseres (fusiles de cuerpo de madera que usó el Ejército venezolano hasta comienzos de los años 60), pero Julián Velásquez, un dirigente de AD que daba las órdenes, quería completar el pelotón y salió a ver si conseguía a los otros cinco. Ahí quedamos rodeados por ese montón de borrachos, muchos eran campesinos armados con cabillas”.

Mientras Velásquez buscaba a los verdugos que faltaban, otros estudiantes, entre quienes se encontraban dos muchachas, fueron llevados al improvisado salón de ejecuciones. Al lado de Azán quedó Zoraima Pelayo, una joven de 14 años que había permanecido oculta en el baño de los laboratorios junto a una compañera y compañero de estudios. Ella también dio su testimonio al *Correo del Orinoco*:

“Nos escondimos y nos acostamos boca arriba, con los cuadernos debajo de la cabeza, pensando que aquello iba a pasar. Pero entre el ruido de los disparos empezamos a escuchar unos gritos: ‘¡aquí, aquí, aquí, están por aquí’. Se oía que estaban rompiendo las puertas y los estantes, aquello sonaba como si fueran a echar abajo el liceo completo”.

Finalmente, los cabilleros sacaron de su escondite a los tres jóvenes. “Entonces vimos que habían capturado a otros muchachos. Nosotros no lo sabíamos, pero los compañeros del Centro de Estudiantes estaban reunidos en la sala de profesores con los docentes y ahí los agarraron”, rememora Zoraima.

“Cuando llegamos al centro del liceo, donde están las escaleras que llevan a la segunda planta, vimos que había más hombres armados que subían y bajaban con palos, con ametralladoras, con unas cabillas pintadas de blanco. Ahí me di cuenta de que muchos unos eran mis vecinos: el barbero, que vivía al lado de mi casa; uno que vivía en la esquina; más de uno de los que reconocí vivía en la misma calle donde yo vivía”, comenta antes de contar que a los dirigentes estudiantiles “los tenían formados en una fila, y a nosotros también nos formaron junto a ellos. Entonces empezó una descarga de insultos que todavía escucho, como si eso hubiera pasado ayer”.

Zoraima no puede repetir las cosas que les gritaban, sobre todo a ella y a la otra muchacha, a quienes les juraban que antes matarlas las llevarían a otra parte “para hacernos lo que nos merecíamos. Nos describían las barbaridades que nos iban a hacer, y entonces los mu-

chachos se alzaron: ‘Nos llevan a nosotros y nos hacen lo mismo, pero a ellas no las sacan solas de aquí’, les gritaban a los asesinos que nos rodeaban. Eso puso la situación más tensa”.

Recuerda que las bandas armadas de AD estaban buscando armas que decían que estaban ocultas en el plantel. “Pero como no las hallaban, se ponían como locos, les daba rabia. El problema es que allí nunca hubo armas. Yo lo hubiera sabido, porque era activista del MIR y participaba en las actividades políticas. Si alguien hubiera tenido un arma, yo lo podría decir, pero eso es mentira: nadie tenía armas en el liceo. Yo creo fue que la rabia que les dio no hallar ningún armamento lo que los terminó de exasperar, y empezaron a gritar: ¡vamos a fusilarlos!”.

La joven sabía que la sentencia que clamaba aquella turba se iba a cumplir, no solo por las manchas de sangre que salpicaban las paredes, sino porque unos minutos antes, “cuando pasábamos por la sala de profesores, nos dijeron: ‘Ahí matamos dos perros. Ahí están muertos’. Yo lo que alcancé a ver fue un charco de sangre”.

Fusilamiento frustrado

Ya era un hecho que no saldrían con vida del liceo, pero los muchachos hicieron un último intento por salvar a las muchachas, pero de nada sirvieron alegatos ni reproches. Zoraima Pelayo recuerda que los verdugos “comenzaron a sortear entre ellos quiénes nos iban a matar y se fueron poniendo uno a frente a cada uno de nosotros, Los otros los animaban y les decían: ‘ahí tienen uno para cada uno’. Entonces los muchachos se pusieron delante de nosotras, para protegernos”.

Fue en ese momento cuando apareció el teniente de la Guardia Nacional Héctor Carvajal Sequera junto a un sargento y unos diez soldados. El testimonio que rindió Sequera en el juicio sobre la masacre – declaración fechada el 5 de junio de 1963– es elocuente: “Al en-

trar a la sala principal pude constatar que había una cantidad más o menos de quince estudiantes, que les calculo entre doce y veinte años, de ambos sexos, que estaban parados en fila uno al lado del otro de frente, y dándoles el frente a ellos había más o menos ocho hombres armados de fusiles FN30, revólveres y otros implementos contundentes, en una actitud que me pareció amenazante hacia los estudiantes”.

“Lo que vi que no se puede describir sino como un pelotón de fusilamiento”, afirmó Carvajal, quien declaró que las muchachas arrancaron a llorar y a suplicar ayuda apenas lo vieron, y observó que “estaban protegidas por el cuerpo de los muchachos, es decir, los varones estaban tapando a las hembras”.

El oficial se abrió paso a la fuerza entre los cabilleros y dio la orden de liberar a los estudiantes. Pero lo que obtuvo por respuesta fue el desafío de Consuelo Bermúdez, un hombre fornido y de más de 1,80 metros que se le plantó de frente y le espetó: “Mire teniente, aquí mando yo”.

Azán y Pelayo recuerdan el aplomo del militar, quien con firmeza y sin perder la calma replicó: “No, aquí quien manda soy yo. Si usted mandaba, mandó hasta ahorita, pero ahora el mando lo tengo yo”. Carvajal pidió explicaciones de lo que estaba ocurriendo. Bermúdez y sus secuaces alegaron que tenían a las y los estudiantes detenidos porque “estaban con la gente que quería tumbar el Gobierno”.

Los guardias se habían apostado estratégicamente para resguardar a los estudiantes, pero no controlaban la situación; la turba, que los sobrepasaba en número, los rodeó. Por los testimonios de Pelayo, Azán, y otros sobrevivientes que declararon en el juicio, en el lugar había unos 20 militantes de AD con ramas de fuego, aparte de los ocho que se aprestaban a fusilarlos.

Pelayo recuerda que los adecos seguían gritando y, en medio de la confusión, uno de ellos, a quien identifica como el Catire Abreu (Luis Gómez) se abalanzó sobre el teniente e intentó arrebatárle la pistola. “Eso fue muy tenso, porque un sargento se metió en el medio para proteger al teniente y le pegó la punta del cañón de la ametralladora al otro en el pecho y le dijo: ‘Si tú te metes con a mi teniente yo te mato’”, relata Farid Rafael Azán.

El propio Carvajal aclaró al *Correo del Orinoco* que en realidad fue Bermúdez quien intentó desarmarlo, y atribuyó la confusión de Zoraima Pelayo al hecho de que el Catire Abreu era uno de los más exaltados y también se mostraba renuente a acatar su autoridad.

Los guardias desarmaron a los adecos y comenzaron a sacar, uno por uno, a las y los estudiantes; los embarcaron en las dos camionetas en las que llegaron y se los llevaron hasta la Cárcel Pública de Maturín, de la que estaba a cargo el teniente Carvajal. Fue en ese lugar donde se encontraba el joven oficial el 4 de mayo de 1962 cuando comenzó a escuchar disparos, tantos, que pensó que podía ser un asalto al cuartel José Gregorio Monagas de Maturín en apoyo a la insurrección cívico-militar que estaba en desarrollo en Carúpano, de la cual había sido informado. Sin embargo, un soldado a quien envió a investigar le indicó que había una balacera en los predios del liceo Miguel José Sanz. Carvajal reportó la novedad a sus superiores, y le dieron instrucciones de dirigirse al lugar y controlar la situación.

Así fue como Farid Rafael Azán y Zoraima Pelayo fueron a dar a una prisión. Paradójicamente, ese recinto fue para ellos la garantía de que seguirían vivos, mientras que el liceo se había convertido en un recinto de muerte. “Ya era de noche cuando llegamos, ahí nos atendieron y después nos entregaron a nuestros familiares. Ahí fue cuando mi mamá me contó que mis hermanos, otros compañeros y varios profesores estaban heridos, y que habían matado a los hermanos Guerra”, evoca la sobreviviente.

¿Identidades confundidas?

En el liceo Miguel José Sanz no mataron a “los hermanos Guerra”, pero esa fue la información que corrió de boca en boca por toda la ciudad de Maturín desde finales de la tarde. “Todo era muy confuso, decían que eran los hermanos Guerra, pero Alberto César no aparecía y en mi casa había mucha angustia”, relata Rosa Elena Millán, hermana de Alberto César Millán, consultada para este trabajo. Tanto a su padre como a su madre, en todos los lugares a los que se dirigieron, les aseguraron que su hijo no solo no estaba muerto, sino que tampoco figuraba entre los heridos.

Pero hacia las 7:30 pm, un joven que venía en bicicleta se detuvo frente a la casa de la familia Millán. Rosa estaba afuera y el muchacho le preguntó: “¿Aquí vive Alberto César Millán?”. Le contestó que sí, que era su hermano. Y entonces escuchó unas palabras que para ella eran reveladoras: “¿Tu papá y tu mamá están? Diles que vengan, que les tengo un mensaje”.

El mensaje que el inesperado informante le dio la señor César Ismael Millán fue escueto: “Señor Millán, en el hospital me pidieron que le avisara que su hijo Alberto es uno de los muertos”. La reacción no fue la que Rosa esperaba; su padre despidió agradecido al muchacho, con la tranquilidad que le daba el saber que esa información era incierta. Ya había dedicado toda la tarde a averiguar el paradero de su hijo, y había constatado que no estaba muerto ni herido.

“Él pensaba que si Alberto no aparecía era porque seguramente estaba dedicado a ayudar a trasladar a los heridos y a informar a los familiares. Recuerdo que cuando el muchacho vio que no le había creído le insistió: “Óigame, señor Ismael, óigame, vaya al liceo y pregunte”.

Además de una mala corazonada, Rosa tenía una razón para pedirle a su padre que escuchara al joven de la bicicleta. Pero no tuvo que hacerlo, porque “en eso llegó un compadre de mi papá y le contó

que un muchacho de Miraflores, que al parecer estudiaba en el liceo, había llegado a su pueblo oculto en un autobús y contó que había visto cuando mataron a Alberto”. Millán ya no dudó, salió a la calle y se encaminó hacia el liceo, que quedaba apenas a tres cuadras de su casa.

Tuvo que imponerse a la resistencia del jefe de los bomberos, que en ese momento estaba a cargo de la custodia del liceo: “Usted no me ha entendido, a mí me dijeron que mi hijo está muerto y yo voy a entrar porque necesito reconocerlo. Eso ustedes no me lo van a impedir”, le advirtió al funcionario y se abrió paso hacia el lugar donde aún yacían los cadáveres.

Ismael Millán entró al salón de profesores y reconoció a su hijo, boca arriba, sobre un extenso charco de sangre. A su lado junto a su estaba José Rafael Guerra. Se zafó de un funcionario que intentó retenerlo y le dio vuelta a Alberto César. En su espalda a la altura de la cintura tenía una herida: “Qué desgraciados, hijo, te mataron por la espalda porque de frente no hubieran podido”.

Mi papá nos contó que “el cuerpo de José Rafael Guerra estaba desnudo, y cuando le tocó la cara, la tenía como un saco de huesos, como si se los hubieran molido. Tenía los brazos desgarrados y todo el cuerpo golpeado”, sostiene Rosa.

“Me voy al hospital a preparar todo, y en 15 minutos ustedes me entregan estos cuerpos allá. Les estoy hablando tranquilo con el dolor que tengo, pero si no han llegado en 15 minutos vendré con otra actitud”. Ismael Millán pronunció estas palabras de pie, mirando directamente a los custodios y se marchó. Ya sea por la determinación con la que habló o porque así estaba previsto, lo cierto es que los funcionarios trasladaron los cuerpos al hospital.

Cuando limpiaron los cuerpos, se percataron de que José Rafael Guerra, además de los destrozos que presentaba, tenía una herida tan

grande en el cuello que le cabía la mano completa del enfermero hasta la muñeca. Nunca se supo con qué se la produjeron.

Rosa Millán y su hermano César Ismael Millán sospechan que el cadáver de su hermano lo querían desaparecer “y presentarlo como que se había escapado en medio de la balacera y se había enfrentado en otra parte contra el Ejército o los cuerpos de seguridad. A lo mejor así querían para reforzar la versión, totalmente falsa, de que en el liceo lo que hubo fue una acción subversiva”, expresó César Ismael Millán.

Juicio sin justicia

En 1966 concluyó un juicio que empezó en junio de 1963, con sanciones leves a tres de los siete indiciados iniciales. Cuatro ya habían sido sobreseídos. El abogado defensor fue David Morales Bello.

En 2009 se reabrió el juicio por diligencias de los entonces diputados Reinaldo García, de la subcomisión de Derechos Humanos, y Pedro Infante y Félix Leonett Canales, de la subcomisión de Masacres de la Asamblea Nacional.

Velatorio bajo amenazas

El velatorio de Alberto César Millán se realizó en su casa en medio de la tensión generada por los rumores de que las bandas armadas de Acción Democrática (AD) asaltarían la casa para llevarse los cuerpos. Ya bien entrada la noche, la amenaza cobró otro carácter: “A a la casa llegó una comisión de AD a exigirnos que entregáramos los cuerpos, que no los íbamos a poder enterrar. Mi papá los encaró y les dijo: ‘Pues serán varios muertos, tendrán que matar a toda la familia’”, contó César Ismael Millán hijo.

Los Millán no estaban solos, hasta la acera estaba colmada de gente que no se retiró hasta que vieron desaparecer los ataúdes bajo la tierra al día siguiente. “Sobre todo los estudiantes se declararon en alerta y prácticamente montaron guardia”, relató Rosa Millán, quien piensa que eso pudo haber disuadido a los esbirros. Pero también influyó en ello la intervención de su vecina Anonieta Lara, militante del MIR y entonces diputada a la Asamblea Legislativa de Monagas: “Ella se les plantó a los adecos y advirtió que nadie iba a tocar los cuerpos de los muchachos sin vérselas con ella”.

Yolanda Millán, otra de las hermanas de Alberto César, quien contó que “en esos días se habían robado el cadáver de un camarada asesinado en Caracas, así que todo el mundo se movilizó para vigilar y cuidar la urna.

Finalmente, a las 3:00 pm del 5 de mayo, una multitud salió simultáneamente de las casas de las familias Guerra y Millán. Se encontraron en la iglesia de San Simón, frente a la plaza Bolívar. “El cura se negó a recibir los cuerpos. Decía que por comunistas no les podían dar cristiana sepultura. Al final dijo que le teníamos que pagar algo si queríamos que hiciera algo. La gente comenzó a juntar plata y le pagamos. Mi mamá era cristiana, muy creyente, cómo le íbamos a negar eso”, comentó Yolanda Millán.

En la marcha hacia el cementerio las familias Guerra y Millán estuvieron acompañadas “hasta por gente de AD que estaba indignada por el crimen y nos dio su solidaridad. También iban militantes de la juventud de Copei, que fueron los primeros en sacar un manifiesto público repudiando el hecho. En el cementerio hablaron muchos dirigentes. El acto terminó ya pasadas las 9:00 pm”.

Las hermanas Millán recordaron que la Guardia Nacional custodió el entierro todo el tiempo, incluso llegaron a ver desde temprano una patrulla de ese cuerpo estacionada cerca de su casa. Con el tiempo supieron que el teniente Héctor Carvajal Sequera había decidido protegerlas.

El hostigamiento a la familia Millán nunca terminó; siempre había gente vigilando la casa, carros o individuos que les seguía los pasos, incluso en el cementerio. La tumbas las intentaron profanar. Ismael Millán y Rosa Millán terminaron por sacar de Maturín a su hija Rosa y a sus hijos César Ismael y César Arquímedes para tratar de protegerlos.

— El disturbio que no fue —

Farid Rafael Azán y Manuel Mejías, ambos integrantes del Centro de Estudiantes del liceo Miguel José Sanz, admiten que mientras conversaban con el director del plantel y otros docentes, uno de sus compañeros saltó la cerca y encendió un trozo de caucho, pero afirmaron que fue un hecho aislado.

“De eso se quisieron agarrar después para decir que teníamos montada una protesta por el Carupanazo. Pero eso es falso; eso fue una cosa imprevista, que a nosotros mismos nos sorprendió. Como no había clases y ese caucho quedó prendido ahí en la calle sola, sin que pasara más nada. Además, empezó el tiroteo y los pocos que estaba por ahí corrieron o se metieron al liceo”, declaró Mejías al *Correo del Orinoco*.

Mejías piensa que “nos tendieron una trampa. Estábamos atrapados, porque los tiros venían de varias direcciones. Yo salté

para adentro y luego traté de salir por la salida que daba al otro lado de la calle, pero la puerta estaba trancada con llave. Me salvé porque pude saltar. Yo creo que los que dispararon y asaltaron el liceo y mataron a Guerra y a Millán prepararon todo para entramparnos ahí”.

Familiares de Alberto César Millán denuncian que todavía tratan de amedrentarlos

Hace 50 años, el mismo día que las bandas de Acción Democrática asesinaron a José Rafael Guerra y a Alberto César Millán, comenzó la persecución contra la familia de este último. Eso no ha cesado, denunciaron Rosa y Yolanda Millán ante la tumba de su hermano. “Todavía rondan la casa de vez en cuando, o nos siguen en la calle. Nos damos cuenta enseguida porque llevamos 50 años en esto”, expresó Rosa Millán.

Hace cinco años, un equipo del Ministerio de Comunicación e Información (Minci) fue con ellas al cementerio a grabar sus testimonios para un audiovisual para VTV. “Estábamos cerca de la entrada y de un carro que se estacionó afuera se bajaron cuatro tipos con pistolas en la cintura que estuvieron rondándonos. Por precaución nos cambiamos de hotel, para proteger el material”, relató Carlos Castellanos, coordinador del Departamento de Audiovisuales del Minci.

La noche del jueves 26 de abril, en Maturín, el equipo del *Correo del Orinoco* fue seguido por una camioneta que estuvo estacionada -con los faros encendidos- frente a la casa de la familia Millán, mientras realizaba allí parte de su trabajo. Otra

permaneció cerrando el paso al garaje de la vivienda. Al día siguiente, una de las dos camionetas volvió a estacionarse por largo rato frente a la casa.

— Se comprobó que nunca dispararon —

Farid Rafael Azán, Zoraima Pelayo y Manuel Mejías, estudiantes que sobrevivieron a las bandas armadas de AD que asaltaron el liceo Miguel José Sanz de Maturín, sostienen que ni había armas en el plantel ni dispararon contra la sede el entonces partido de gobierno o contra la policía. Esa versión la confirmó el profesor Rafael Mejías, quien fue herido por varios de los hombre que tomaron el liceo. “Me dieron un culatazo en la cara y de un cabillazo me abrieron la cabeza. Pasé tres meses hospitalizado en el Hospital Universitario de Caracas donde me tuvieron que operar. Yo hablé con los muchachos, que estaban un poco exaltados, para que se tranquilizaran y hablaran con el director. Ninguno de ellos estaba armado, ni estaban en actitud violenta. Eso lo puedo asegurar. Lo que ocurrió ese día nunca debió pasar”.

El testimonio de Ortega coincide con el de su esposa, Blanca Ramírez, quien también estaba en el liceo y pudo salir, junto a una compañera de trabajo, con la ayuda un policía. Aunque considera exagerado y “tal vez un poco distorsionado” el relato de los hechos tal como se han presentado en este trabajo, sí sostiene vehementemente que “ese día nadie disparó desde el liceo, ahí no había ramas. Es más, recuerdo que unos funcionarios nos dijeron a mí y a unos profesores que olíamos a pólvora

y yo les dije: ‘si nos estuvieron echando plomo como tres horas cómo no voy a oler a pólvora?’”.

En todo caso, en el expediente del juicio quedó registrado que a todos los estudiantes relacionados directamente con los hechos se les aplicó la prueba de la parafina, para determinar si habían accionado armas de fuego. Los resultados dieron negativos, por lo que se descartó que hubiesen disparado.

Publicado el 2 de mayo de 2012 en el diario *Correo del Orinoco*

50 años de la masacre del liceo Sanz (II)

Bandas armadas de Acción Democrática quisieron desaparecer el cuerpo de Alberto César Millán

Rosa Elena, Yolanda y César Ismael Millán hijo, no olvidan el momento en que un grupo de militantes de Acción Democrática (AD) se presentó en el velorio de su hermano Alberto César Millán -bien entrada la noche- con el propósito de llevarse el ataúd donde yacía el cadáver. A 50 años de aquel 4 de mayo, sostienen que fue parte de un plan para desaparecer el cuerpo y torcer la historia de uno de los crímenes emblemáticos de la Cuarta República.

-“¡Entreguen ese cuerpo!” . “Ese cuerpo no lo van a poder enterrar, nos lo vamos a llevar”, vociferaban en un tono resuelto y agresivo ante el estupor de la familia Millán y de la gente que la acompañaba.

Aquella amenaza parecía un disparate, sobre todo porque la casa estaba abarrotada de personas dispuestas a hacerles frente a aquellos hombres, que para entrar a la sala primero debían cruzar el jardín, colmado de estudiantes, vecinos, parientes e incluso desconocidos que se acercaron a expresar su solidaridad. Pero se trataba de individuos que pocas horas antes habían asaltado el liceo Miguel José Sanz -a la vista de todos y a plena luz del día- armados con fusiles, revólveres, cabilas, cuchillos y machetes. Además de asesinar a Alberto César Millán y a José Rafael Guerra, habían apaleado y herido seriamente a varios docentes. Y no fusilaron a otros 18 estudiantes, porque en el lugar irrumpió una comisión de la Guardia Nacional. Más que suficiente para tomar en serio sus palabras.

César Ismael Millán padre no tenía en ese momento más armas que su determinación. No se amilanó; salió a la puerta de su casa y respondió a sus amenazas con un desafío: “Pues serán varios muertos, tendrán que matar a toda la familia”. Rosa cuenta que, dicho esto, su padre les pidió a ella y a su madre que se colocaran al frente del ataúd.

La intervención de la diputada a la Asamblea Legislativa Antonieta Lara, militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) fue determinante para disuadir a los siniestros visitantes: “Ella se les plantó y dijo que nadie iba a tocar el cuerpo de Alberto César, que tendrían que vérselas con ella si lo intentaban”, recuerda Rosa.

Un numeroso grupo de estudiantes cerró filas en torno del ataúd. Ya no se retiraron del lugar; la madrugada los sorprendió allí, y cuando el sol comenzó a meterse en la casa, esta todavía estaba colmada de gente.

Cuando el cortejo partió rumbo al cementerio, a las 3:00 de la tarde del 5 de mayo de 1962, un nutrido anillo de estudiantes y de militantes comunistas, e incluso de Copei y de URD protegía el féretro. Fue al mismo tiempo una manifestación de dolor colectivo y de protesta política, evoca Domingo Rogelio León, quien para entonces era integrante del Centro de Estudiantes del Sanz: “aquello fue horrible y llenó de horror a Maturín, que en esa época era un pueblo en el que todo el mundo se conocía. Nadie podía creer que se hubiera cometido un crimen tan espantoso; prácticamente toda la ciudad fue al entierro”.

Sostiene León que “los adecos trataron de banalizar aquello diciendo que lo que habían hecho fue sofocar una manifestación de muchachos revoltosos. Pero eso no lo creyó nadie porque ahí no ocurrió nada parecido. Yo, que tenía un carrito Ford, en medio del tiroteo me estacionaba en la salida que daba a la calle Monagas y abría la puerta para evacuar a los que lograban escapar saltando la cerca. No es que nos reagrupáramos en otra parte, como hubiera sido lógico si hubiera sido una protesta. Aquello era para salvar la vida a los muchachos”.

“La otra cosa que quisieron imponer fue la versión de que habían evitados el caos, que detuvieron la acción de los comunistas, porque ¿quiénes eran los comunistas? Eran los come gente, los bandidos, una gente que no cría en Dios y no respetaba nada, así era como ellos lo presentaban. Y cuando no pudieron banalizar el crimen lo trataron de magnificar diciendo que habían defendido la democracia de unos comunistas alzados, pensaban que eso se lo iba a creer la gente. Pero eso no se lo creyó nadie, lo que la gente vio fue que los adecos cometieron un enorme acto de barbarie”, sentenció León.

Dos muertos y un cuerpo

Convencido de que la presencia de aquellos hombres en su casa no fue una fanfarronada para amedrentar a su familia, César Ismael Millán hijo piensa que “realmente querían desaparecer el cuerpo de Alberto César. Yo creo que en ese momento quisieron hacer ver que él se había escapado y se había ido a las guerrillas, para justificar la versión, totalmente falsa, de que en liceo estaba montada una acción para apoyar El Carupanazo. O pudiera ser que lo quisieran hacer aparecer en otro lugar y simular que murió en un enfrentamiento”.

Las sospechas de Millán se basan en el hecho de que antes de que su padre lograra entrar al liceo Sanz y pudiera reconocer a su hermano, “todos los partes y todas las versiones omitían el nombre de Alberto César. Ya a esa hora era prácticamente un desaparecido, nadie lo había visto en ninguna parte después del tiroteo. Cuando por fin se dijo que habían identificado los cadáveres, se hablaba de los hermanos Guerra”.

Los rumores y las “noticias” radiales inciertas no son los únicos elementos en los que Millán apoya su tesis. Su presunción cobra fuerza cuando analiza el radiograma que la Policía Técnica Judicial (PTJ, actual Cicpc): “En ese documento se habla de dos fallecidos, pero no se menciona a Alberto César, solo se da el nombre de José Rafael Gue-

rra. Además, se da una lista con los nombres completos de los heridos. Eso nos sigue pareciendo algo muy raro, sobre todo porque Alberto César era mucho más conocido que Rafael, porque era dirigente estudiantil y un activista político que participaba en actos públicos”.

El equipo del *Correo del Orinoco* tuvo acceso al radiograma, y constató que, efectivamente, no menciona a Alberto César Millán. Fechado el propio 4 de mayo de 1962 -día de la masacre- con el número 9870-1331, el parte está dirigido al subdirector de la PTJ en Caracas. En su escueto texto se lee lo siguiente: “Motivo haber dos personas muertas, uno de los muertos correspondida al nombre de José Rafael Guerra”. A renglón seguido, el documento firmado por el Inspector Jefe Manuel Antonio Pérez menciona a diez personas heridas. De Alberto César Millán no se dice ni una sola palabra.

Rosa Millán comenta con suspicacia que el cuerpo de José Rafael Guerra “estaba tan maltratado y ensangrentado que era difícil de reconocer”, mientras que el de Alberto César Millán “estaba más bien limpio y su rostro no estaba deformado. Y esa insistencia en decir que no estaba muerto -como le decían a mi papá y a mi mamá en todos los lugares donde lo buscaban- para mí es una evidencia de que no iban a entregar el cuerpo”.

Inesperada advertencia

La convicción de que “la dirigencia de AD tenía planeado desaparecer a mi hermano” se sembró en el corazón de Rosa Millán horas antes de que se supiera de que él era uno de los dos asesinados. La angustia la consumía, no tanto porque Albero César Millán no apareciera, sino por una revelación que le llegó por la vía más insospechada. Poco después de las 4:00 pm, una hija del Prefecto de Maturín le dijo que le dijera a su papá que fuera al liceo y entrara, porque ella había escuchado que a los dos muertos, o a uno de los dos, lo iban a desaparecer:

“Lo van a sacar y lo van a hacer pasar como que se fue a las guerrillas. Lo van a sacar a la 1:00 am, me contó, y me dijo que me fuera con ella a su casa, que iba a llamar a su papá y a hablar con él”, repite Rosa lo que le contó su amiga, a quien siguió a su amiga hasta su casa. “Me quedé esperando en la puerta de su casa. Ahí me dieron las 5:00 pm sin que ella saliera. Nunca nunca supe qué fue lo que le dijo su papá. Tengo 50 años preguntándome qué fue lo que pasó en ese momento”.

No era poca cosa que aquel aviso le llegara a Rosa Millán por boca de la hija del prefecto Gil Jiménez Cuello, porque del interior de esa casa a cuya puerta se quedó esperando salieron las armas con las que las bandas armadas de AD asaltaron el liceo Sanz. Eso lo vio justo cuando ocurría y nunca se le borró de la mente.

Ella y un grupo de estudiantes que estaban en su casa estaban por salir para el liceo Sanz, pero su mamá se los impidió y cerró la puerta con llave. “En ese momento Simón Salomón Vergara, secretario general de Copei, que había sido Secretario de Luis Piñerúa cunado este fue Gobernador de Monagas, hablaba por Radio Maturín. Oí cuando llamaba a Copei y a AD a ponerse en pie de guerra -usó exactamente esa expresión- para defender el gobierno de Rómulo Betancourt, además pedía que cualquier manifestación de más cuatro personas fuera disuelta a cualquier precio”.

Ya se sabía la noticia de El Carupanazo, la insurrección cívico-militar dirigida por jóvenes oficiales de la Armada y por cuadros del PCV y el MIR. “En eso escuchamos un cornetazo en la casa del prefecto. Y cuando nos asomamos por las ventanas vimos unos camiones del MOP (Ministerio de Obras Públicas), de Telecomunicaciones de Venezuela, del IAN (Instituto Agrario Nacional), cargados de hombres a los que les entregaban armas: pistolas, revólveres y fusiles”.

“Tengo grabadas las caras de mucha gente que vi esa tarde allí. Y de muchas no puedo ubicar los nombres, aunque los reconocería si los

viera de nuevo. Pero sí recuerdo claramente a Antonio Alfaro Ucero llevando gente a armarse a esa casa aquella tarde. Todos nuestros vecinos vieron a Alfaro dando armas a esa gente”.

De modo que Rosa Millán tenía motivos para dar crédito a las palabras de su vecina. Y estaba por decírselo a su padre cuando a este le avisaron que Alberto César si era uno de los muertos y se marchó al plantel a reconocer y recuperar los cuerpos.

Cuando César Ismael Millán padre llegó al lugar donde yacían los cadáveres, faltaba poco para las 8:00 pm. Eso quiere decir que habían pasado por lo menos cuatro horas desde que el teniente Héctor Carvajal, a cargo de una comisión de la Guardia Nacional, puso fin al linchamiento colectivo que perpetraban las bandas de AD. Ya la PTJ había estado en el sitio y había practicado las experticias del caso. Por esa razón, la demora en retirar los cuerpos también resulta sospechosa para la familia Millán.

Hostigados hasta en la tumba

Si en el entierro de Alberto César Millán y José Rafael Guerra se vivieron momentos de fuerte tensión por la amenaza las bandas armadas de AD de secuestrar los cuerpos, los días que siguieron no fueron menos agobiantes para ambas familias. “El acto que se dio en el cementerio terminó después de las 9:00 pm, pero las tumbas no quedaron solas. Se organizaron grupos para montar guardia, porque estábamos seguros de que en cualquier momento podían desenterrar los cuerpos para desaparecerlos. En esa época era común que ni siquiera los cuerpos de los revolucionarios asesinados aparecieran”, contó Rosa Millán.

Las guardias se prolongaron durante semanas, y no fueron pocas las veces que se encendió la alerta ante la aparición de grupos que comenzaban a rondar el área donde estaban las tumbas y hostigaban a quienes las cuidaban. “La mayoría de los muchachos no podían dejarse ver en el cementerio, pero iban escondidos a la casa a darnos apoyo. También fueron apareciendo estudiantes de varios liceos que le ponían cartas y papelitos que decían cosas como ‘Guerra y Millán, ayúdeme con un examen’. Eso lo siempre lo trataban de evitar los adecos, les molestaba mucho que se mantuviera vivo el caso”.

Hoy en día, los cuerpos permanecen en el cementerio “viejo” de Maturín. Pero no en exactamente en el mismo sitio. Alberto César fue pasado a una tumba familiar, “después de que varias veces la primera tumba fue atacada. La cruz que tenía su nombre la pintaron, otro día la cubrieron con cemento y al fin la reventaron y la tiraron al suelo. La de Rafael también la rompieron, aunque todavía está por ahí”.

En el sitio se pudo constatar que la cruz que identifica a José Rafael Guerra está fracturada y echada a un lado, separada de la tumba. Rosa y su hermana Yolanda afirman que todavía hay gente que las sigue, o que merodean en el cementerio cuando ellas acuden al lugar.

Publicado el 3 de mayo de 2012 en el *Correo del Orinoco*

50 años de la masacre del liceo Sanz (III)

“Todos los que tomaron el liceo estaban ahí para matar”

El teniente que salvó a 18 estudiantes de las garras de las bandas armadas de AD, afirmó que los asaltantes estaban fuera de control y dominados por la rabia. Su acción le costó el hostigamiento de la DigePol y su ascenso a general

Desde que aquella vez yo no había vuelto a entrar aquí y estando de nuevo en este lugar lo recuerdo todo de un modo tan vivo, que me doy cuenta que aquello fue de tanto impacto, que volver a ver esto es como si lo estuviese viendo en el tiempo en que ocurrió las cosas que vi aquí”, estas palabras las pronunció el coronel la Guardia Nacional Héctor Carvajal Sequera apenas entró a la antigua sala de profesores del liceo Miguel José Sanz 50 años después de la tarde que encontró allí los cadáveres de Albero César Millán y José Rafael Guerra.

Sin levantar la mirada del piso, como si hablara consigo mismo, describió en voz baja las imágenes que le venían a la mente: “los cuerpos estaban así, allí estaba la gente, yo entré por aquí...” Y como si saliera de un trance, dio el pie a la entrevista: “Bueno, usted me dirá”.

-¿Exactamente qué vio usted cuando llegó aquí el 4 de mayo de 1962?

-En primer lugar, cuando llegamos al liceo estacionamos en la avenida Bolívar, donde está ubicada la entrada principal. Nos estacionamos al frente, y lo que vimos entre la puerta que daba a la calle y la entrada propiamente al edificio fue que había mucha gente perteneciente a lo que ellos llamaban, o lo que ellos conocían como seguridad del Estado, incluyendo policías. Y también mucha gente de civil. Lamentablemente, la mayoría estaban fuera de control; estaban ebrios y exal-

tados. Actuaban de una manera irrespetuosa, grosera, a pesar de que éramos militares y de que yo llegué con una orden superior.

-¿De quién recibió la orden? ¿Qué le ordenaron?

-El comandante de la guarnición me ordenó venir al liceo a averiguar qué estaba pasando. Esa era una época difícil, de mucha turbulencia. En ese momento había un golpe de Estado en desarrollo en Carúpano y se sabía que en liceo estaba ocurriendo algo grave, pero no sabíamos cuál era la situación real, así que yo tenía la orden inicial de averiguar qué era lo que realmente ocurría y dar la información rápida a los mandos superiores comandante.

-¿Qué les hizo pensar que ocurría algo grave?

-Temprano se habían escuchado unos disparos. Teníamos información de que hubo alguna alteración del orden público y como le dije, en Carúpano había un alzamiento. En la tarde se siguieron escuchando los disparos y se me dio la orden de ir a investigar al liceo, que era de donde venían los tiros. Cuando llegamos y vimos la gran cantidad de gente aglomerada en la entrada entendimos que efectivamente estaba ocurriendo algo muy grave.

-¿Todas esas personas eran asaltantes del liceo o había curiosos?

-Había de las dos cosas, curiosos y gente que apoyaba a los que estaban adentro y estaban ahí como custodiando para que no entraran personas extrañas a ellos, salvo los militares, que entramos, si se quiere, un poquito a la fuerza.

-¿Intentaron impedirles la entrada a usted y a los otros efectivos?

-Como estaban aglomerados obstruían la puerta y no se apartaban, así que nos abrimos paso. Pero al traspasar la primera puerta ahí sí nos encontramos con personas violentas y muy agresivas que se confundían con los policías y eran personas afectas al partido que estaba en

el Gobierno en ese momento y que tenían todo tipo de herramientas para agredir, ya fueran palos, machetes, hierros...

-¿Había civiles con armas de fuego?

-Sí, no todos, pero varios de ellos tenían armas de fuego.

-¿Todos eran hombres o también había mujeres?

-No, todos eran hombres, no había ninguna mujer entre ellos.

-¿Cómo reaccionaron al verlos llegar?

-Tuvimos que apartarlos para poder acceder al lugar y averiguar lo que estaba ocurriendo. Y Cuando entramos a la sala principal vimos que estaban alineados, en una fila y de frente unos 15 o 20 muchachos, alineados como si los fueran a matar. El lugar estaba lleno de personas y ahí no se podía identificar quiénes eran policías y quiénes eran estudiantes o si había alguna gente de otro cuerpo de seguridad. Los únicos que sí se sabía que eran estudiantes eran los que estaban allí pegados a la pared como en un paredón de fusilamiento. Sencillamente y llanamente esa es la expresión que hay que utilizar porque no hay otra que pueda dar la idea de que yo te puedo explicar. La reacción de ellos fue violenta.

El entonces teniente Carvajal evaluó rápidamente la situación, y se dirigió al sargento que lo acompañaba para indicarle lo que debían hacer él y los guardias. Pero fue interrumpido por un hombre que reclamó para sí el mando. “Ese fue el momento de mayor peligro”, expresó, y reprodujo el careo que se produjo entre los dos:

“Cuando yo le estoy dando las instrucciones al sargento se me presenta un señor de apellido Bermúdez y me dice: ‘Mire, teniente, aquí el que manda soy yo’. ‘Bueno, usted mandaba antes de que llegara, porque ahora el que manda soy yo, porque yo tengo instrucciones de poner orden en este sitio y lo voy a hacer cueste lo que cueste. De manera que si usted insiste en que usted es el que manda aquí, lo voy

a sacar y lo voy a meter en una patrulla y lo voy a llevar detenido, porque yo vine a aquí con una orden superior y yo no tengo más jefe aquí sino yo mismo”.

-¿Y lo detuvo?

-No, cuando le hablé de esa manera, sacó un arma y se abalanzó sobre mí. Intentó despojarme de mi arma de reglamento, una pistola, que yo tenía enfundada. Ese fue el momento de mayor peligro, porque el sargento se metió en el medio y le metió el cañón de la ametralladora por el pecho. “Si tú tocas a mi teniente, yo te mato. No tengas la menor duda de que te mato aquí mismo”. Ese fue el momento de mayor peligro, porque el teniente actuó rápido y de la forma más segura pero si hubiese habido algún error o este señor Bermúdez hubiese echo algún disparo, no tengo la menor idea de lo que habría ocurrido, porque nosotros estábamos dispuestos, en primer lugar, a salvarles la vida a los muchachos a como diera lugar. Y, en segundo lugar, a no herir a nadie pero ante una reacción de ellos íbamos a actuar, y los guardias al verse atacados, obviamente se iban a defender.

- ¿Y qué pasó, detuvieron a Bermúdez?

-No, el sargento lo desarmó y él se apartó y no lo volvimos a ver, pero además, cuando estábamos en esa discusión, sonaron dos disparos, y nuestra reacción inmediata fue ir a averiguar lo que había ocurrido. Pero al mismo tiempo nuestra prioridad era proteger a esa cantidad de estudiantes que estaban en esa situación de peligro inminente, porque estaban prácticamente en un pelotón de fusilamiento. Te hago énfasis en esa palabra porque a quienes colocan en una pared como esa se supone que algo grave les va a ocurrir. Y como tú no sabías ahí quién era quién, ni quién estaba realmente al frente de ese maremágnum, aparte de Bermúdez, que era el que daba órdenes y gritaba cosas como “vamos a matar”, entonces tenías que concentrarte en salvarlos.

-Algunas personas que vivieron esa experiencia, incluida Zoraima Pe-
layo, que estaba en el grupo al que usted le salvó la vida, identifican a
Antonio Alfaro Uceró como el jefe del asalto al liceo Sanz y lo respon-
sabilizan de lo que ocurrió. ¿Usted llegó a verlo allí? ¿No dirigía él el
grupo al que usted encaró?

-La persona que actuaba como jefe en ese lugar donde estaban los
muchachos en el pelotón de fusilamiento era ese señor Bermúdez.
Ahí había también otro caballero que era muy conocido porque hasta
tenía un local muy conocido, que ahora no puedo decirle el nombre,
y otro a quien le decían el Maracucho. Ahora, Antonio Alfaro Uceró
era en ese momento uno de los dirigentes más importantes de Acción
Democrática en Monagas, así que yo lo conocía. Cuando nosotros
llegamos al liceo y avanzamos hacia la puerta de entrada al edificio yo
lo vi entre la gente que estaba ahí. Pero no puedo decir que lo vi en la
sala o que lo vi dando órdenes, pero de que estaba en el liceo, estaba,
eso es seguro, porque yo lo vi.

-¿En este momento no identifica usted a otras personas?

-Yo tengo en la mente el rostro de quienes estaban a mi alrededor en
la sala principal porque tenía que concentrarme en salvar a los estu-
diantes. Pero no sé los nombres de todas esas personas.

Todos iban a matar

-¿Usted aseguraría que todas esas personas querían matar a las y los
estudiantes?

-Mira, cuando tú pones a una persona en una pared de la manera en
que ellos lo hicieron, es porque la vas a matar. Además, cuando uno
ve algo como lo que yo te he contado, y mira la expresión de esas
personas, que estaban claramente fuera de control, influenciadas
por el alcohol pero también por el fanatismo o, cómo le digo, por la
rabia, ¿qué puede pensar? Gente que gritaba que iban a matar, que no

nos entregaran a los muchachos, y además tenían hasta machetes, yo le puedo decir que sin duda, todos los que estaban en el grupo que tomó el liceo estaban ahí para matar.

-Al llegar al salón donde escuchó los disparos ¿qué vio usted?

-Yo tomé la precaución de dejar unos guardias con los muchachos para protegerlos. Los coloqué delante de ellos con orden de protegerlos a cualquier precio. El sargento había visualizado a todos los que tenían armas de fuego y los desarmamos. Entonces me fui con el sargento a ver qué había sucedido en el salón donde sonaron los disparos. Los más exaltados seguían gritando y apoyando a su gente “Vamos a matarlos, vamos a matarlos. No vamos a dejar que se los lleven”. Lamentablemente, cuando hicimos entrada al lugar aquello fue el horror.

“El horror, fue un horror”, repitió el coronel Carvajal Sequera sin disimular su consternación. Su voz recia se tornó más grave: “Lamentablemente estaban en el suelo un muchacho sentado arriba del otro. Ahí estaban ensangrentados, con disparos y... y era una cosa muy dura. Estaban abaleados porque los disparos vinieron de afuera y de adentro. Claro los disparos de afuera no los mataron, sino que se hicieron adentro ¿quién lo hizo? Nosotros no pudimos saberlo”.

Las cinco décadas transcurridas desde aquel día no han aliviado el pesar que le causó no poder salvar a Alberto César Millán y a José Rafael Millán, eso se percibe en su mirada y en su voz: “Lamentablemente, no pudimos llegar ante, porque cuando entramos al liceo ocurrió lo que ya te expliqué. Así que al enterar en esta sala ya todo estaba consumado”.

-Usted dijo que había gente aquí cuando encontró los cuerpos...

-Sí, y le voy a decir con toda responsabilidad, que cuando entré y le vi

la cara vi que estaban contentos. No estaban celebrando, pero estaban satisfechos. Es decir, no es que celebraban, porque no se celebra cuando se mata a alguien, pero tenían la expresión de quien se siente satisfecho porque ha cumplido un deber. Era como dijeron: “hicimos justicia”.

-¿Qué hizo entonces?

-Un guardia que iba conmigo y tenía el conocimiento para verificarlo porque había hecho cursos de acción cívica con la Guardia Nacional, se acercó a los muchachos y me dijo: “mi teniente ya están muertos”.

-¿Él les tomó el pulso, los examinó?

Sí, los examinó con cuidado y les tomó el pulso. Ya no había nada que pudiéramos hacer.

-¿Qué pasó a continuación?

-Procedí a desalojar a las personas y a asegurar el lugar, que mandé a cerrar. Mandé a dar la información a los mandos superiores, y entonces sí nos concretamos a la acción de control de la sala y asegurar la salida de todos los estudiantes que estaban en el pelotón de fusilamiento. Eso lo hicimos con el mayor cuidado, pero rápido y alertas, porque los íbamos a sacar a toda costa, dispuestos a actuar de inmediato y a llevarnos por delante quien fuera. “Sáquenlos contra cualquier resistencia de cualquier tipo y bajo cualquier circunstancia que se presente. No importa a quien se tengan que llevar”, así les di la orden a los guardias. Y con esa orden fueron sacando a los muchachos uno a uno.

-No intentaron impedirselo?

-Hubo algunos intentos, pero ya no fue algo violento, sino algunos amagos y gritos. Nosotros actuamos de la manera adecuada en que se debe manejar una acción así, que es algo para lo que estábamos preparando. Y ellos sabían que nos estábamos jugando y como no estábamos jugando no se atrevieron, comprendieron que no íbamos a dudar en hacer uso de la fuerza. En el trayecto de una puerta a la

otra se colocaron dos guardias con sus fusiles, listos para disparar ante cualquier eventualidad.

Ya era de noche cuando las y los estudiantes fueron conducidos a la guarnición de la cárcel de Maturín, que estaba cargo de Carvajal Sequera, quien para entonces apenas tenía 21 años de edad. Desde la guarnición avisaron a sus familiares y pudieron regresar esa misma noche a sus hogares. El joven oficial permaneció en el liceo “hasta que llegaron refuerzos de la Guardia Nacional y personal especializado para preservar el lugar”.

Pagó las consecuencias

-¿Qué ocurrió después de eso? ¿Fue presionado de algún modo por sus superiores?

-De mis superiores tuve todo el apoyo, sabían que actué dentro de la norma y tomé decisiones que eran las correctas. Pero a los tres días llegó una orden que nadie sabía quién la había dado: me transferían a La Guaira y me prohibían volver a Maturín por tres meses.

-Y en La Guaira cómo lo recibieron? ¿Sabían por qué lo transferían?

-Si te refieres a si sabían lo del liceo, sí. Eso yo lo hice por convicción y no lo oculté nunca. El trato que recibí fue el debido. Mis superiores, como dije, me apoyaron.

-¿No tuvo entonces consecuencias para usted su actuación por su actuación en el liceo Sanz?

-Mira, yo no quiero entrar en detalles de cuántas veces me enviaban de un sitio a otro y de ahí a otro lugar durante bastante tiempo. También tengo que decir que en 1983, cuando me tocaba ascender, sin ninguna razón me negaron el ascenso, no sería raro que alguien se haya acordado de lo del liceo y haya hecho la advertencia. Pero sí me ocurrió que un día que volví a Maturín me arrestaron de un modo

que no puedo interpretar sino interpretar como una retaliación.

-¿Quién lo arrestó?

-La Digepol, que era la Dirección General de Policía. Como estaba de vacaciones, y soltero al fin, yo fui con unos amigos a un local nocturno en el que había mujeres. Estando allí uno de ellos me dijo: “oye, me quieren poner preso porque ando contigo”. “Qué es eso, chico, quién te quiere oponer preso?”. “Yo no sé pero ahí están unos tipos preguntando por mí”. Lo cierto es que lo detuvieron y yo me fui detrás del carro en que se lo llevaron. En un punto de la ciudad el carro se detuvo y se bajaron unos tipos; a mi amigo lo soltaron y a mi me arrestaron. Yo protesté pero me llevaron a la dirección de la Digepol.

-¿Qué alegaron para detenerlo? ¿ya habían pasado los tres meses de prohibición de volver a Maturín?

-Sí ya había pasado la prohibición. No cometí ninguna falta. No me daban ninguna razón y los encaré y les dije: “Miren yo no tengo nada por lo que ustedes me puedan detener. Y si es por lo que yo me estoy imaginando, les quiero decir que eso es algo que si me tocara de nuevo lo volvería a hacer”. Entonces uno de los agentes me dio un culatazo en el hombro derecho que me tumbó el brazo. Ahí entendí que estaba metido en un problema. En eso entró el propio director de la Digepol y me preguntó que hacía yo en Maturín. Yo le contesté que estaba de vacaciones “y les advierto que siempre que yo quiera voy a volver a venir cuántas veces quiera”. Eso enloqueció a ese hombre, que se levantó fuera de sí.

-¿Qué hizo el director, a qué se refiere cuando dice que se enloqueció?

-Bueno, me golpeó, se levantó del escritorio y la emprendió a golpes conmigo. Después encerraron ahí mismo, pero a las 3:00 pm una patrulla de la GN me fue a recoger. Cuando regresé a La Guaira, al

otro día, reporté lo que me pasó y mi superior lo reportó a la Comandancia General de la Guardia Nacional. Al otro día el propio comandante general de la GN me recibió en su despacho. Me dijo que le mostrara los golpes y cuando los vio se indignó, En presencia mía llamó al ministros de Relaciones Interiores que era Carlos Andrés Pérez. Ahí tuvieron un cruce de palabras muy fuerte. Pérez dijo que si me había pasado algo serio que era por mi culpa, y el comandante de la GN le dijo que él se hacía responsable de mi conducta y que no aceptaba ese trato para ningún oficial.

-¿Por qué usted actuó como lo hizo en el liceo Sanz?

-Bueno, yo actué así porque consideré que era lo correcto, y lo volvería a hacer si volviera a nacer, porque es algo que hice por convicción, y si quiere que se lo diga de otro modo, eso lo hice yo de corazón. Yo me encontré a esos muchachos aquí y a mí nadie tenía que decirme qué era lo correcto, eso me lo dijo mi corazón. Por eso yo nunca rehuí eso, y mis hijos saben lo que hice y por qué lo hice. Cuando me tocó, declaré en un juicio y siempre que me toque contarlo lo voy a contar. Porque lo que ocurrió ese día nunca debió suceder y no se debe repetir.

Muchas preguntas pendientes

Las hermanas Rosa y Yolanda Millán tienen en su corazón un lugar especial para el teniente Héctor Carvajal Sequera por haber salvado de morir en la Masacre del liceo Sanz a 18 estudiantes. Lo respetan por el valor que demostró a los 21 años para manejar aquella situación y por la rectitud con la que declaró en el juicio que se abrió en 1963 por este caso. Pero

nunca lo vieron en persona sino hasta el pasado 26 de abril, cuando se realizó esta entrevista.

Era inevitable que le hicieran una serie de preguntas que 50 años después siguen siendo apremiantes. Entre otras cosas, quisieron saber si era posible que las mismas personas que él desalojó del salón volvieran y se ensañaran con los cuerpos, ya que el de José Rafael Guerra fue halado desnudo y destrozado a golpes y cortaduras.

“Eso es posible que haya ocurrido porque cuando nostras nos fuimos quedó gente aquí, que pudo haber abierto la puerta a la fuerza y actuar de esa manera. Ya les dije en qué actitud, realmente no los podíamos controlar. Lo nuestro en ese momento era sacar a los otros muchachos y ponerlos a salvo”.

Un ángel discreto

La familia Millán no lo sabía, pero cuando la Guardia Nacional custodió el entierro de Alberto César Millán y José Rafael Guerra, lo hizo por decisión del teniente Héctor Carvajal Sequera. “A mí no me dieron la lo orden de custodiar los ataúdes. Esa fue mi decisión. Yo le dije a mi superior: ‘voy a patrullar’, alegando que con nuestra presencia se podía evitar que se produjera algún desorden o que alguien intentara algo indebido. Pero yo dije ‘voy a patrullar’ no dije voy a proteger, que era mi intención y fue lo que hice: vigilar y cuidar la casa y acompañar el entierro, para proteger a esas familias sin que lo supieran. Después de lo que vi, no podía dejar de hacerlo”.

Nunca cobró sus prestaciones

“Le voy a decir algo que nunca había dicho en público: a mí nunca me pagaron mis prestaciones. Eso me imagino que es algo que me cobraron por lo que hice hace 50 años”, así denunció el hoy coronel retirado de la Guardia Nacional Héctor Carvajal Sequera lo que no dudó en calificar como “una injusticia que no creo que se pueda quedar así”.

El coronel pidió la baja voluntariamente en 1983, “porque no me dieron el ascenso cuando me correspondía a pesar de mi hoja de servicios, y entendí que alguien se habría acordado de mi actuación el liceo Sanz, así que preferí retirarme”.

Hasta la fecha, Carvajal Sequera no ha recibido una explicación por ese despojo, pero confía en que al denunciarlo ahora, “se podrá corregir una injusticia que me afecta en algo que es un derecho irrenunciable”.

Carvajal Sequera tiene 3 hijos, 4 nietas y un nieto. De sus 72 años de vida, lleva casado 43. Al igual que su padre nació en Maturín. Su madre nació en Barcelona, Anzoátegui.

Publicado el 4 de mayo de 2012 en el *Correo del Orinoco*

50 años de la masacre del liceo Sanz (IV)

Régimen de Betancourt persiguió a sobrevivientes del crimen cometido por bandas armadas de AD

Las únicas víctimas del crimen perpetrado el 4 de mayo de 1962 por las bandas armadas de Acción Democrática en el liceo Miguel José Sanz de Maturín no fueron Alberto César Millán y José Rafael Guerra, asesinados a palos y tiros. Hubo docentes, testigos y familiares de los sobrevivientes que tuvieron que abandonar la ciudad debido al hostigamiento por parte de los cuerpos de seguridad del Estado.

La familia de Zoraima Pelayo, quien se encontraba en el grupo que iba a ser fusilado en la sala principal del liceo, se vio forzada a separarse, como lo recuerda su hermano Emigdio Pelayo: “Mi mamá se fue de Maturín a raíz de ese suceso, se tuvo que llevar a mis hermanos para Caracas, porque a ellos los seguían, y la casa nos la allanaban con frecuencia. Nos nos rompían los colchones, nos tiraban todas las cosas, una y otra vez”.

La saña en la carne

Emigdio Pelayo puede decir con propiedad que sufrió en carne propia la saña de la Dirección General de Policía (Digepol), cuerpo represivo creado por el entonces presidente Rómulo Betancourt. El día de la masacre recibió una golpiza tan grande que tardó semanas en volver a caminar por sus propios medios.

“Ese viernes yo llegué de Cumaná para pasar el fin de semana. Estaba allá estudiando en la Escuela Normal, aquí en Maturín no

podía estudiar porque estaba en la lista negra, por comunista, pero allá promoví la creación del centro de estudiantes, y otra vez caí en la lista negra. Me botaron y ya no pude estudiar. Aquí hablaban de democracia, pero lo que había era una dictadura, no se podían tener ideas diferentes a las de ellos, y si uno las tenía no podía expresarlas abiertamente. Bueno, sí se podía, pero ya uno sabía lo que le esperaba”.

Hoy Pelayo no descarta que en su expulsión de la Normal también haya influido el hecho de que su nombre quedara ligado a la masacre de Sanz, pues “los adecos dijeron que yo estaba dentro adentro disparando”.

La verdad es que al igual que a los amigos con quienes estaba cuando empezó el tiroteo, a él lo tomaron por sorpresa los primeros disparos. “Yo estaba en la casa de una familia amiga y salí a ver lo que pasaba. La gente decía ‘hay revuelta en el Sanz’ y me fui para allá. En el camino me di cuenta de contra el liceo estaba echaban plomo gente de AD desde varias partes. Me iba a devolver, pero fuera del liceo estaba estacionada una patrulla de la Digepol. La reconocí porque a los comunistas siempre no vigilaban. Entonces traté de entrar pero la puerta estaba cerrada”.

Los agentes de la Digepol alcanzaron a Pelayo y lo retuvieron. “Me requisaron y empezaron a hacerme preguntas. En eso vi a un tipo que venía caminando con un fusil y me lanzó un culatazo, yo traté de pararlo con la mano pero me golpeó en la ceja”.

El gesto defensivo le costó a Pelayo una paliza: “Eso les molestó y me encendieron a golpes. Me obligaban a caminar mientras me golpeaban en la espalda y en los riñones”.

En la patrulla en la que lo secuestraron siguió recibiendo golpes hasta que el vehículo llegó a la sede de la policía. “Me metieron con los

presos comunes, y me llamó la atención que ahí ya se escuchaban rumores sobre lo que pasaba en el liceo”.

“Como entré totalmente bañado en sangre, me preguntaron qué había hecho para que me dejaran en ese estado. Cuando dije que me habían herido en liceo Sanz se armó una bulla en los calabozos para que me sacaran de ahí, porque era un preso político y estaba malherido. Entonces me sacaron y me llevaron al hospital”.

“Ahí mismo en el hospital me interrogaron, y cada tantas preguntas repetían: ‘¿Cómo te llamas tú?’ ‘¿No vas a saber tú como me llamo?’, ‘¿Cuántas veces me has allanado tú la casa?’”, les contestaba. Repetían la golpiza y yo les decía todo lo que se me ocurría. Nos hablamos duro, con groserías.

Se fugó para vivir

Para Pelayo estaba claro que del hospital no iba a regresar a la cárcel: en medio de la golpiza le decían: “Deja que te llevemos pa’ allá pa’ que veas lo que es duro”. Él, que ya había estado preso a los 18 años por su militancia política, sabía lo que eso significaba: “Entendí que me iban a desaparecer, que era algo muy común en esa época, así que decidí fugarme”.

Los dos guardias que lo custodiaban iban de un lado a otro, y Pelayo contaba mentalmente cuánto tardaba ese recorrido. “A la enfermera, que era conocida mía y de confianza, le dije que dejara el carro afuera con la llave pegada, que dijera que yo se lo robé. También cuadré con un camarada que estaba en el hospital y se las arregló para llegar a donde yo estaba.

Mientras urdía su plan, Emigdio Pelayo escuchó la confirmación de que “mataron a dos muchachos en el Sanz, dos varones, pero sin lujo

de detalles”. Ahora sabía que, al menos hasta ese momento, si había su hermana Zorayma había ido al liceo, no estaba muerta.

“Les tomé el tiempo a los guardias y me lancé, como pude caminé hasta un punto en el que ya no me iban a ver. Salí y me eché en la parate de abajo del asiento de atrás y el camarada me llevó a casa de una familia conocida. Al día siguiente me fui a Puerto La Cruz en un carro que mandó el partido (PCV) y que me llevó a casa de unos tíos. Teníamos confianza y me cuidaron, aunque eran adecos”.

“Para ir al baño tenía que caminar usando una silla, como una andadera. Eso era lo más difícil y lo tenía que hacer, pero en realidad no me podía parar”, recuerda Pelayo. Nadie pensó en llevarlo a un médico, “eso no era buena idea. Me daban medicinas para el dolor y los golpes y cosas para desinflamarme. Los dolores más fuertes eran en los riñones y en los costados”.

Hoy en día, a sus 72 años, sabe que algunas molestias “vienen de ahí de esos días”.

Falso pistolero

En la campaña que AD montó para tergiversar las circunstancias en que se dio la masacre del liceo Sanz, Emigdio Pelayo fue presentado como “pistolero”. “A mí nunca me agarraron con armas, y sin embargo, lanzaron unos panfletos en los que se leía ‘¿Qué hacía el pistolero Emigdio Pelayo en el liceo Sanz?’.

Ellos quisieron decir que allí había habido una revuelta de comunistas para apoyar el Carupanazo, pero eso es mentira. Sin embargo, mucha gente, incluso algunos familiares se hicieron eco de esa versión y nos recriminaban que era culpa nuestra lo

que nos pasaba por habernos metido en eso que los adecos decían. La verdad es que ese día no hubo ninguna protesta, y las clases estaban suspendidas, por eso la matanza no fue mayor”.

Publicado el 5 de mayo de 2012 en el *Correo del Orinoco*

50 años de la masacre del liceo Sanz (V)

Un joven dibujó la escena del crimen rodeado por las bandas de AD

El 4 de mayo de 1962, Hernán Caraballo se dirigía a su casa, luego de terminar sus clases en el liceo Francisco Isnardi de Maturí. Pero el sonido de una balacera lo desvió de su ruta. Lejos de espantarlo, los disparos atrajeron su atención, pues consideró que debía averiguar lo que estaba ocurriendo, que a juzgar por la intensidad del tiroteo debía ser algo grave.

Así llegó hasta las cercanías del liceo Miguel José Sanz, que parecía ser el blanco de una prueba de puntería, “porque de adentro no salía ni un disparo”, afirma el entonces militante del Partido Comunista de Venezuela, que aún no había cumplido los 18 años.

Caraballo acota que el liceo quedaba entre la casa de Acción Democrática y la Policía, “y desde ambos sitios salía gente corriendo hacia el liceo, mientras otros disparaban hacia dentro por el frente y por la parte posterior del edificio. Eso era fuego cruzado”.

Desde donde estaba vio a un amigo suyo correr hacia la entrada del liceo, dirigente juvenil de Acción Democrática, “y me le pegué atrás. Pero él entró antes que yo y cuando llegué a la puerta me cerraron unos tipos me cerraron el paso. ‘Déjenme pasar, que le traigo un mensaje a Luis’, les dije. Y así me colí”.

Una vez adentro, se encontró con una multitud de hombres armados agolpados en la sala principal del liceo. “Eran las bandas armadas de AD, ahí tenían apuntados a unos estudiantes boca abajo en el suelo,

pero eso lo vi de reojo, porque seguí de largo”.

Carballo no dio con su amigo, pero entró a la sala de profesores y allí se topó con los cadáveres de Alberto César Millán y de José Rafael Guerra. “El hombre de uno tocaba el del otro, pero los cuerpos estaban separados formando una V. Uno de los dos tenía la pierna derecha doblada hacia afuera en ángulo de 45 grados. Esa escena se quedó grabada para siempre en memoria, aunque admito que no reconocí a ninguno de los dos, porque sus rostros estaban bañados de sangre, igual que sus ropas”.

Retrato del crimen

Dotado desde pequeño con habilidad para el dibujo, el joven pensó que debía registrar la escena. Le inquietaba estar rodeado de “unos 8 o 10 hombres armados que estaban ahí como montándoles guardia a los cuerpos”, pero se arriesgó a sacar un cuaderno de su maletín y comenzó a dibujar lo que estaba mirando. Fue entonces cuando se dio cuenta de un detalle que lo estremeció: “Alrededor de los cuerpos había unas bolas criollas desparramadas sobre el charco de sangre”. Aunque trataba de mantener la calma y la concentración, su expresión corporal ha debido delatar la impresión que aquello le produjo, porque “uno de los hombres dijo que los profesores los habían masacrado a golpes con las bolas criollas. Pero yo vi claramente que uno de los dos, que tenía la camisa abierta, tenía un tiro debajo de la clavícula derecha”.

Esa afirmación volvió a su mente cuando, entre otras versiones, se intentó hacer creer que en el liceo Sanz se había dado un choque entre estudiantes y docentes.

Carballo estaba terminando cuando alguien le dio un tirón al cuaderno, “pero no lo solté, lo apreté más fuerte. ‘¿Qué te pasa, qué es eso que estás haciendo?’, me preguntó el tipo. Entonces otro le dijo que me

dejara tranquilo, que no había problema. Yo ni siquiera levanté la cabeza; nada más oía las voces, tenía los ojos clavados en los muchachos”.

Carballo no está seguro, pero piensa que estuvo allí “como media hora, porque no quería perder la oportunidad de registrar lo que vi allí para tener una evidencia al menos de la posición en que quedaron los cuerpos. Yo sabía que los únicos que podían entrar ahí eran ellos”.

Apenas concluyó el último trazo, el joven infiltrado salió de la sala de profesores del liceo Sanz, “sin ver para atrás ni levantar la mirada”. Justo cuando volvió a pasar frente al grupo de estudiantes, cuando ya estaba a unos pasos de la puerta, vio entrar “a un pelotón de la Guardia Nacional comandado por un teniente de apellido Carvajal, que salvó a los muchachos”.

Cincuenta años después, Carballo no tiene una explicación de por qué tuvo el impulso de ir hasta la familia casa de la familia Millán, una vez que ganó la calle, pero hasta allá lo llevaron sus pasos. Y sin sin saberlo, le entregó a Rosa Elena Millán la imagen de su hermano asesinado. “Ella era mi amiga, una compañera y camarada muy querida, yo tenía que contar lo que acababa de vivir. A ella le di el dibujo. En eso salió su mamá y me preguntó si había visto a Alberto César”.

El joven comprendió que la señora Rosa Marcano de Millán lo que realmente quería saber era si su hijo era uno de los muertos, y él le respondió que no, que estuviera tranquila. “Cuando se supo que sí era uno de los muertos, la señora Rosa me reclamó: ‘¡Tú me dijiste que Alberto César no estaba muerto!’ Yo le repetía que me perdonara, que yo no había podido reconocer a ninguno de los dos. Pero ella estaba muy adolorida”

¿Escena Alterada?

Para Rosa Elena Millán, que recuerda claramente el dibujo que le entregó Hernán Caraballo, la imagen que plasmada en aquella hoja de cuaderno es “una evidencia más de que los asesinos de Alberto César y José Rafael alteraron la escena del crimen. El teniente Carvajal los recuerda sentados uno encima del otro, que fue lo que dijeron en un primer momento. Nosotros estamos seguros de que los colocaron así para justificar la explicación que dieron en el juicio de que los mató la misma bala”.

La señora Millán se refiere a “un informe forense que decía que, como estaban escondidos en el mismo lugar, una bala que entró por la ventana hirió por la espalda a Alberto César, le traspasó la muñeca, le salió por la clavícula y entró en el cuerpo de José Rafael”.

Millán destaca que el cuerpo de Guerra llegó sin ropa al hospital de Maturín, lo cual le resulta extraño, porque cuando la Policía Técnica Judicial llegó al lugar, ambos estaban vestidos, como lo recuerdan vieron Caraballo y el teniente Carvajal Sequera. En el expediente del caso se consignaron fotografías que así lo evidencian.

Publicado el 6 de mayo de 2012 en el *Correo del Orinoco*

50 años de la masacre del liceo Sanz (VI)

AD, la Iglesia y la Digepol hostigaron al autor de los bustos de los dos estudiantes asesinados

Hace 50 años, cuando vio a varios de sus vecinos correr hacia el liceo Miguel José Sanz de Maturín a linchar a estudiantes y docentes, Efraín “Chaím” Villarroel tenía 29 años de edad, había estudiado en México con maestros como Francisco Zúñiga, dirigía un escuela de pintura y ya había formado una familia. Sin embargo, hoy confiesa que hasta ese día no había perdido la inocencia.

“Yo recuerdo aquello y me doy cuenta de que antes de ese suceso, yo nunca había visto la maldad de los hombres, ni me había imaginado que se pudiera llegar a ese grado de crueldad. No podía creer que gente con la que uno tenía un trato cercano, que siempre había sido amable y educada, fuera capaz de actuar con tanto odio”, afirma mientras repasa viejos recortes que dan cuenta de “una época de horror”.

Visión de espanto

El autor de los bustos que honran la memoria de Alberto César Millán y de José Rafael Guerra, asesinados por las bandas armadas de Acción Democrática (AD) el 4 de mayo de 1962, todavía siente el espanto que le causó mirar a “un señor muy mayor, que vivía frente a mi casa y era mi amigo, vestido de militar con un fusil en la mano. Corría como un enajenado hacia el liceo, ni se dio cuenta de que yo estaba mirándolo. Me quedé asombrado y me dije ‘¿qué bárbaro! ¿cómo es posible que este anciano vaya a matar a alguien? Eso fue lo más lastimero que vi ese día”.

“Cuando empezó el tiroteo yo estaba en la dirección de la escuela de pintura, que estaba muy cerca del liceo, salí a ver qué pasaba y me encontré con que sobre la azotea del edificio de la policía habían efectivos disparando con fusiles contra el liceo, y desde la parte de atrás también había gente disparando. Entonces me di cuenta de que varios policías estaban cayéndole a patadas a las puertas de los laboratorios, buscando estudiantes”.

En un primer momento la sorpresa y la impotencia paralizaron a Efraín Villarroel, pero reaccionó y decidió intervenir cuando “vi una hombre que trataban de alejarse de ahí pero por la sangre que le bañaba la ropa se veía que estaban heridas. Era un profesor ecuatoriano, de apellido Ortega. Ningún carro se detenía a ayudarlo, así que corrí a buscar el mío para socorrerlo”.

Cuando Villarroel subía a Ortega al vehículo, aparecieron otros dos profesores que también estaban heridos. “Los llevé al centro médico. El más grave era Ortega; le abrieron una raja enorme en la cabeza de un culatazo. Tuvieron que llevarlo Caracas y operarlo. Yo esos profesores se hubieran muerto si no los hubiese recogido, porque apenas podían caminar y derramaban mucha sangre”.

El pintor y escultor nacido hace 80 años en un hogar campesino de Jabillar -cerca de Tunapuy, estado Sucre- sostiene que no podía actuar de otra manera, “pero eso trajo sus consecuencias. Después de ese día viví una situación terrible: me persiguieron, me pusieron preso, me dejaron sin trabajo”. Sin embargo, sus problemas habían empezado unos meses antes, cuando Luis María Piñerúa Ordaz era gobernador de Monagas.

“Yo tenía en Radio Maturín el programa Media Hora con el Arte, y una noche que se lo dediqué a los maestros del arte mejicano, Piñerúa lo escuchó. Esa noche hablé de Diego Rivera y era imposible no decir que era comunista y revolucionario”, relata Villarroel. A la mañana siguiente, un funcionario apareció en la escuela de pintura con un

mensaje: “el gobernador lo mandó a llamar con el secretario y tiene que presentarse de inmediato”. En la oficina de Iván Salomón Vergara, secretario general de gobierno, este le habló sin rodeos:

-Tengo orden del gobernador Piñerúa Ordaz de que me entregue un programa que usted tiene que se llama Media Hora con el Arte.

-¿Cómo dice? ¿Y eso por qué?

-Porque ahí usted habla de todo menos de arte.

-¿Cómo que no? Anoche hablé de Diego Rivera, ese es un pintor de renombre, un hombre de arte, revolucionario y de vanguardia, un artista...

-Pues precisamente eso es lo que no le gustó al gobernador Piñerúa, así que me va a tener que entregar el programa.

Era evidente para él que aquella era una decisión tomada y no tenía marcha atrás. Así que sin bajar la mirada y sin perder la calma, Villarroel accedió: “Bueno, está bien, les entrego el programa”. Meses después de la masacre del liceo Sanz, cuando lo dejaron sin trabajo y nadie quería darle un empleo, ese y otros episodios le hicieron entender que “yo pasé de ser incómodo a ser peligroso para los adecos y los sectores conservadores de Maturín”.

De esos sectores, el que más abiertamente se ensañó con él fue “el clero, al que le caían muy mal mis pinturas”. Como ejemplo de ello, Villarroel cuenta que en una exposición que realizó en la sede del Colegio de Médicos, el obispo Monseñor Salaverría lo increpó por una pintura titulada El Final “que mostraba a un obrero destruyendo una cruz con una mandarina: ‘No estoy de acuerdo con esto, Chaím ¿Por qué tú hiciste esto?’”.

Al prelado lo contrarió la respuesta del pintor: “Desde que nace, el pobre está llevando petotazos, pasa hambre y privaciones. Esa es una cruz pesadísima que tiene que quitarse de encima y destruirla”. El asunto no se quedó ahí, en octubre de ese año, el párroco escribió

un artículo largo en la revista Demos de Ciudad Bolívar dedicado a atacarme sin nombrarme”. No hacía falta que lo mencionara, el texto estaba dirigido “al pintor rojo de la cruz en pedazos”. La revista en cuestión tenía entre sus colaboradores fijos a los dirigentes de Copei Rafael Caldera y Arístides Calvani.

Vida bajo persecución

No habían transcurrido dos meses de la masacre del liceo Sanz, cuando Efraín Villarroel fue notificado por escrito de que se le había removido del cargo de director de la Escuela de Artes Plásticas. Posteriormente, ya a finales del año escolar, por un oficio del Ministerio de Educación supo quedaba fuera del personal docente del liceo Francisco Isnardi. “Después me cerraron una pequeña galería que subvencionaba por mis propios medios. Nunca nadie me dio una explicación, nadie me atendía en ninguna parte. Simplemente, se acabó; me quedé sin empleo. Eso me dejó muy mal, porque yo tenía seis hijos y no tenía casa propia”.

A ese panorama se le agregaba la presión de la Dirección General de Policía (Digepol, cuerpo represivo creado por Rómulo Betancourt). De hecho, el paso previo a su destitución de la escuela de artes fue su detención “por sospechar que la escuela de arte era un nido de comunistas. En esa época, esa era una acusación gravísima, que te podía costar la vida”, acota Villarroel, quien captó hasta qué punto estaba en problemas cuando al desmentir los señalamientos que le hacían, los agentes replicaron: “La información que nosotros manejamos es otra, usted aquí tiene más denuncias que el mismo secretario general del Partido Comunista”.

Mientras encaraba el interrogatorio de la Digepol su casa estaba siendo allanada, “pero no encontraron nada que me pudiera incriminar en las actividades de las que me acusaban. De todos modos estuve 15 días incomunicado”.

Ese fue el inicio de un periodo de siete años durante el cual no volvió a conseguir empleo y se fue quedando solo con su esposa, sus hijos y sus apremios. “Fue muy duro ver que amigos míos, que tenían los medios para hacerlo, se negaban a ayudarme”. A uno de ellos, que era “como un hermano”, Villarroel lo emplazó: “¡Chico, pero si tú tienes ahí una horas que hace tiempo no las cubre nadie!’ ‘No, Chaím, yo a ti no puedo darte trabajo’, me contestó”. Igual de duro fue darse cuenta de que había gente que prefería evitar el trato con él. De todos modos, debió renunciar a frecuentar a sus amistades, pues “si salía, tenía que andar escondido porque a donde iban me seguían. Me encerré en mi casa a pintar y a dibujar todo lo que pudiera, para comer y pagar el alquiler. Sobre todo hacía grabados, que mi esposa salía a tratar de vender, buscando que nos pagaran algo que más o menos nos ayudara”.

Sin guardarse una suave carcajada, Chaím comenta que “llegó el momento en que si alguien se acercaba a mi casa a hacerme un encargo o a negociar algún cuadro, yo mostraba mi trabajo y en mi mente lo que veía eran leche, cuadernos, pollo, zapatos, pañales y arroz dando vuel-tas en el aire. En verdad estábamos pelando, como se dice ahorita”. Eso solo comenzó a cambiar en 1969, cuando “una amiga que aceptó la Dirección de Cultura de Monagas me dio una horas como profesor de artes plásticas. Al ver eso, otros también me ofrecieron trabajo”.

Tiempos de horror

Aunque el recuerdo de esas situaciones lo indigna, el tono en que habla Efraín “Chaím” Villarroel no revela rencor, sino asombro cuando, para ilustrar “lo perverso y crueles que eran esos adecos”, relata la segunda vez que lo encarcelaron: “Yo evitaba salir, pero en una ocasión tuve que hacerle un favor a una vecina y para tuve que llevarla a la Cruz de la Paloma (localidad que entonces estaba muy retirada de la ciudad). Me llevó a mi esposa y mis hijos, y de regreso, cuando

estábamos entrando a Maturín, nos paró una patrulla de la policía. ‘¿Usted es el dueño del carro?’. ‘Estamos buscando uno como este, porque anoche hubo un acto terrorista y un vehículo igual a este está involucrado’. ‘Bueno síganlo buscando’, fue lo que les contesté. Uno de los policías miró para dentro, vio que los pasajeros eran mujeres y un montón de muchachitos y nos dejaron seguir”.

Pero aún le esperaba lo peor: cuando entraba a la calle donde vivía, vio salir de una esquina un carro negro, era la Digepol. “Se pusieron delante de nosotros y salieron como en una película, ametralladora en mano, abrieron las puertas y preguntaron quién era el dueño del carro”. Otra vez pasó 15 días encerrado “por averiguación”. “Esa vez me soltaron gracias a un amigo adeco, que cuando era estudiante iba a comer a la casa y yo lo ayudaba. El carro no me lo entregaron sino un mes después”.

El profesor Chaím Villarroel, jubilado del Pedagógico de Maturín, no puede separar la persecución que padeció de su actuación el día de la masacre del liceo Sanz. “Yo no era un militante del MIR ni del PCV, y aunque compartía su lucha e hice alguna propaganda apoyo a Cuba, realmente no estaba metido en la política clandestina. Creo que esa inexperiencia pudo llevarme a exponerme de un modo que puso a mucha gente en mi contra. Pero también es verdad que yo tenía unas convicciones y no las podía ocultar. Mis pinturas estaban al lado del pueblo y denunciaban la realidad que vivían los pobres y los perseguidos políticos. Eso siempre cayó mal, pero desde que intervine para ayudar a los profesores del Sanz, fue como si se hubieran desatado unas fuerzas contendidas en mi contra”.

Con el tiempo, Villarroel ha llegado a pensar que su acción en el Sanz lo tomaron como una “prueba” de que era alguien peligroso. “El peligro tal vez lo veían en el hecho de que yo era un docente y eso podía influir en mis estudiantes de arte y del liceo, que realmente me

respetaban y a quienes yo trataba de formar con un sentido crítico. Lo cierto es que viví una época de horror. Hubo un crimen horrendo y los adecos, con apoyo de todos los poderes públicos del clero impusieron el silencio absoluto en Maturín. Del liceo Sanz no se podía decir nada. Yo soy un ejemplo de lo que le podía pasar a quien lo hiciera”.

Y fue en parte su necesidad de que eso no se olvidara, lo que lo llevó a esculpir los bustos de Alberto César Millán y de José Rafael Guerra, que donó a sus familias y perviven en la sala principal del liceo Sanz.

Castigaron al Indio Maturín

Por más de 50 años, las y los maturinenses han tenido como un emblema la escultura del Indio Maturín. Lo que tal vez no sepan es que este momento también fue castigado por el régimen de AD. Su autor, Efraín “Chaím” Villarroel, que ya había sido destituido de la escuela de Artes Plásticas, un día se enteró de que la estatua “la excluyeron del conjunto de obras públicas de la ciudad por orden del gobernador Armando Sánchez Bueno. La removieron de su ubicación original estaba y la plantaron en medio de un terreno lleno de monte”, en las afueras de la capital monaguense. “Fue una cosa extrema, además de hostigarme y dejarme sin trabajo, parecía que me querían castigar desapareciendo la escultura de la vista de la gente”, comentó Villarroel.

Publicado el 8 de mayo de 2012 en el *Correo del Orinoco*

50 años de la Masacre del liceo Sanz (VII)

Un documental plantea que el crimen cometido por las bandas de AD respondió a una política de Estado

El pasado jueves 3 de mayo, un día antes de conmemorarse los 50 años de la masacre perpetrada por las bandas armadas de Acción Democrática en el liceo Miguel José Sanz -en la que Alberto César Millán y José Rafael Guerra fueron asesinados a palos y tiros- se realizó un cine foro sobre este suceso. El documental que se preestrenó esa noche en la sede de la Universidad Bolivariana de Maturín fue realizada con recursos aportados por el Fondo de Responsabilidad Social de Conatel y espera la respuesta de dos canales del Sistema Nacional de Medios Públicos (SNMP) “para ser transmitida a escala nacional en tres episodios de 21 minutos”, comentó su autor, Régulo Párraga.

Guerra y Millán, mártires del pacto, “hace énfasis en que ese crimen respondió a una política de Estado ejecutada por los gobiernos del pacto de Punto Fijo, y no un hecho aislado. Por eso se hizo un esfuerzo para contextualizar los hechos con base en una investigación documental, que comenzó con una revisión de la prensa de la época y se fue profundizando con otras fuentes y con testimonios”, detalló.

Hasta donde pudieron indagar Párraga y su esposa Kenya Higuerey -productora del audiovisual- la masacre del Sanz “fue el único caso en entraron tomaron un liceo, secuestraron y apalearon a los docentes y juntaron a los estudiantes para ejecutarlos allí mismo. Solo mataron a Guerra y a Millán porque el teniente Héctor Carvajal llegó a tiempo

con un grupo de guardias nacionales para salvar a otros 18 muchachas y muchachos que iban a ser fusilados”.

Contra la desmemoria

Párraga, que nació en Maracaibo -donde por más de 20 años fue periodista de impresos- nunca antes había realizado un audiovisual, pero a medida que fue adentrándose en el caso, entendió que una película podía llegar a un público mayor. “Por eso preparé, además de la versión para televisión, una de 56 minutos que pudiera presentarse en comunidades, liceos y otros centros educativos. Es muy importante que esto se conozca y se discuta”.

Con la divulgación del documental, Párraga quiere dar un aporte para “cambiar la mentalidad con la que a veces se ve nuestra historia reciente para que la gente se dé cuenta de que somos víctimas de la colonización, que se prolongó hasta el siglo XX y nos impuso una política de represión y crímenes políticos. Normalmente cuando se habla de eso, se piensa más en casos como el de Argentina o Chile”.

En ese sentido, valoró aprobación de la ley para investigar y castigar los crímenes de la Cuarta República, popularmente conocida como “ley contra el silencio y el olvido”, que le parece “muy útil para profundizar en lo que pasó en esa época y recuperar esa información para la memoria colectiva”. Lo frágil que esta puede ser lo comprobó con la masacre del liceo Sanz: “Desde que llegué a Maturín, hace 12 años, oí hablar del caso, pero sin mucho detalle. Eran comentarios más bien difusos, pero cuando lo investigué me di cuenta de que realmente yo mismo no sabía lo grave que habían sido la represión y los crímenes de esos 40 años en que gobernaron AD y Copei”.

El periodista entendió, además, que ese desconocimiento se debía

en parte a un cúmulo de rumores y tergiversaciones. En el caso del Sanz, por ejemplo, “se corrieron bolas de que eran ellos mismos que se habían matado, o que hubo una pelea entre alumnos y profesores. Hablamos con estudiantes del propio liceo y constatamos que manejaban esas versiones aunque de forma vaga. Incluso descubrimos que algunos creían que había sido una reyerta entre el Sanz y otro liceo”.

Talento liceísta

En el documental Guerra y Millán, mártires del pacto, se reconstruyeron los hechos, incluido el momento del crimen, para ello se contó con la participación de unos 15 estudiantes y docentes del liceo Sanz “con quienes hicimos una especie de taller y montamos dramatizaciones. Además, mandamos a confeccionar los uniformes de la época. Pero primero les dimos charlas a todas y todos en sus salones, para aclarar lo que en verdad pasó allí”, contó Párraga.

“No fue fácil recuperar esa historia, porque a veces gente que vio lo que pasó y te decía que fue horrible no quería hablar de eso”, acotó, pero destacó la colaboración de sobrevivientes como Zoraima Pelayo y de su hermano Emigdio Pelayo, entre otras personas, así como de César Ismael Millán, padre de Albero César Millán, que nos contó su experiencia para el documental.

Un logro que destacó el debutante realizador, es que se presenta el testimonio del entonces teniente de la Guardia Nacional Héctor Carvajal Sequera. “En 50 años nadie lo había entrevistado. Ese es un héroe, al que nadie le ha hecho un reconocimiento por haber enfrentado a sus 21 años a esa turba y rescatado con vida a quienes ya estaban sentenciados”.

Seguir denunciando

Régulo Párraga señaló que “todo indica que ya venía alguna acción contra el Sanz, porque estaba dominado por cuadros estudiantiles del Partido Comunista de Venezuela, que le ganaron las elecciones del Centro de Estudiantes a AD y Copei juntos. Creo que al darse El Carupanazo los cuerpos de seguridad del Estado y la dirigencia de AD vieron la oportunidad de escarmentar a algunos dirigentes y se les fue de las manos”.

“La turba no conocía a Alberto César, que era dirigente comunista, por eso una hipótesis es que lo asesinaron porque tal vez quiso auxiliar a José Rafael, a quien ya habían matado, y alguien que sí lo conocía llegó al sitio y ordenó que lo mataran. O pudieron haberlo hecho a conciencia de que él era uno de los líderes del liceo. En todo caso, no hay duda de que fue una ejecución para eliminar un testigo o para desaparecer a un cabecilla, porque las autoridades hablaban de los hermanos guerra y silenciaron el nombre de Millán”.

Si los canales del SNMP compran el documental para transmitirlo en su versión de tres episodios, “usaremos ese dinero para seguir trabajando en la línea de denunciar las violaciones a los derechos humanos de la Cuarta República. El aporte de Conatel fue nuestro capital semilla”.

Publicado el 9 de marzo de 2012 en el *Correo del Orinoco*

Trabajan bajo la orientación del artista que los realizó en la clandestinidad

Militantes de la Juventud Comunista recuperan bustos de Guerra y Millán

Hace unos años, alguien a quien el maestro Efraín “Chaím” Villarroel prefiere no recordar, ordenó cubrir con una capa de pintura oscura los bustos de Alberto César Millán y de José Rafael Guerra - asesinados por bandas armadas de Acción democrática (AD) el 4 de mayo de 1962- que él esculpió para honrar su memoria.

“Esa fue una decisión absurda, que desde luego nadie me consultó, y que supuestamente buscaba proteger ambos bustos. Afortunadamente, las esculturas son perfectamente recuperables y ya empezamos trabajar en eso”, declaró al *Correo del Orinoco*.

En efecto, la semana pasada Villarroel se encontró con dos estudiantes del liceo Miguel José Sanz -el mismo liceo donde masacraron a Guerra y Millán y en cuya sala principal se encuentran las figuras- para explicarles la técnica que deben usar para limpiarlas. “Yo mismo comencé a hacerlo para que ellos vieran cómo se hace”, comentó el artista, quien aclaró que “es solo una limpieza, pero hay que hacerles un tratamiento a fondo, que se debe planificar para que salga bien”.

Obra clandestina

Villarroel recordó que “cuando hice esas esculturas, tenía que estar escondido, así que la mamá de José Rafael y el papá de Alberto César tuvieron que buscar los materiales. Las hice en marmolina (mármol molido) y arena de sílice -que es la base del vidrio- recogida en la

zona de Temblador. Trabajé diez meses, porque quería que el trabajo fuera el mejor”.

Los bustos fueron modelados primero en barro. Esas primeras figuras se utilizaron para hacer los moldes de yeso en los que luego se vació la mezcla de marmolina y arena de sílice, a la que se añadió cemento blanco para unir ambos elementos: “Escogí esos materiales para darles una textura suave y un acabado luminoso”.

Para reconstruir los rostros, el artista se basó en fotografías “y también en el recuerdo que tenía de ellos, y en las cosas que me contaban sus padres, porque eso enriquece la expresión que uno pueda lograr. Quería aproximarme a ellos lo más que se pudiera, y creo que lo logré, me gusta como quedaron las imágenes”.

Chaím no sabe cuándo se emplazaron los bustos en el liceo, “porque no podía salir, ya que la gente que gobernaba (se refiere al partido AD) me tenía censurado y me perseguía, ni siquiera permitían que nadie me diera un empleo y tampoco nadie se atrevía, porque la represión era una cosa brutal”.

Nostalgia y satisfacción

“Me causó nostalgia volver a ver los bustos de esos muchachos que yo conocí y terminaron sacrificados por esa gente tan cruel, que era y sigue siendo una banda asesina”, expresó el maestro Villarroel, que confesó que también tuvo el sentimiento de estar despidiéndose de una etapa superada de su vida como artista.

“Ese es un tipo de trabajo que ya no estoy en condiciones de hacer”. Esa certeza, sin embargo, la compensa su satisfacción por haberles obsequiado a las y los familiares de Guerra y Millán “una obra contra el olvido que aquí se quiso imponer sobre ese crimen terrible”.

“Olvidarlos sería otro crimen”

Junior Sumoza, de 26 años de edad, que trabaja para eliminar la página oscura que opacó el busto de Alberto César Millán, afirmó que la Juventud Comunista tiene el compromiso de que “el asesinato de Guerra y Millán sea conocido por la mayoría de la gente, porque olvidarlos sería otro crimen”. Al respecto, indicó que siempre han acompañado a la familia Millán “en sus esfuerzos por lograr que se difunda la información sobre lo que realmente ocurrió”.

“Aquí se intentó tergiversar los hechos, pero hay testigos y personas que sobrevivieron a esa masacre y han comenzado a dar su testimonio. Eso es muy importante, porque cuando llegué a Maturín, hace 8 años, esa fue una de las primeras cosas que escuché sobre la historia de la ciudad, pero todo eran comentarios confusos. Incluso hoy hay estudiantes en el propio liceo Sanz que reconocen a los dos jóvenes asesinados el 4 de mayo de 1962 como héroes, pero no tienen muy claro quiénes eran ni quiénes ni por qué los mataron”, reflexionó Sumoza.

El joven comunista fue enfático en declarar que “sobre todo a la juventud hay que crearle conciencia de que en Venezuela existió el pacto de Punto Fijo con el que AD, Copei y URD, aliados con la oligarquía excluyeron al Partido Comunista y a toda la izquierda de las decisiones de gobierno e impusieron un polan de persecución y eliminación de la dirigencia estudiantil y sindical. Guerra y Millán fueron asesinados como producto de esa política de Estado”.

“No puede haber silencio sobre esos hechos”, sentenció, y explicó que todos los años la Juventud Comunista realiza actividades en escuelas y liceos para conmemorar la masacre, “pero de manera más permanente, usamos las redes sociales y el recurso del video para mantener a las y los jóvenes informados del caso”.

Escondite seguro

La señora Rosa Elena Millán contó que los bustos de su hermano Alberto César y de José Rafael Guerra estuvieron ocultos durante años. “Nos fuimos a Caracas en 1977 y quedaron escondidos en casa de un amigo que era adeco. ‘Comadre, yo soy del partido, pero esto es sagrado para mí; aquí esto está seguro’, le dijo. Fue la mejor decisión porque ahí nunca los iban a buscar”.

Finalmente, en enero de 1983, se pudo ubicar las esculturas en el sitio que ocupan actualmente.

Publicado el 9 de mayo de 2012 en el *Correo del Orinoco*

MEMORIA GRÁFICA





José Rafael Guerra Silva



Alberto César Millán Marcano



▲ Manifestación estudiantil en protesta por la muerte de los estudiantes del Liceo Sanz

▼ Uno de los heridos entraba a la policía





▼ Bustos de José Rafael Guerra y Alberto César Millán, Liceo Sanz





▲ Sentados en la fuente "Juana la Avanzadora", Maturín - 20 de abril 1960

▼ En el Colegio "Miguel José Sanz", Punta de Mata - 1957



►
Obra pictórica
en remembranza a la
"Masacre del Liceo Sanz"

Efraín Villaroel Moya
"Chaim" - 1962



Esta edición de 5000 ejemplares
se imprimió durante el mes de junio
del año 2012, en el Taller
de Gama Color Editores C.A.,
en Caracas, Venezuela

**DISTRIBUCIÓN
GRATUITA**
PROHIBIDA SU VENTA

...la Venezuela de la
tortura, del crimen
político, de las
desapariciones forzosas
de personas... la
Venezuela que todavía
anda tras los pasos de
los hijos, esposos,
hermanos víctimas de
la política represiva de
las décadas del 60, 70,
80 y 90 de nuestro
Siglo XX.



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Educación**

IPASME